

Obras completas

Augusto Ferrán

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO V

Escrita por BARRANTES, CAMPOAMOR, CÁNOVAS, CASTELAR, ECHEGARAY, GALDÓS, MENÉNDEZ Y PELAYO, PARDO BAZÁN (Doña Emilia), PALACIO VALDÉS, PI Y MARGALL, THEBUSSEM Y VALERA. La parte extranjera estará redactada por BOURGET, CANTÚ, COPPÉE, CHERBULIEZ, DAUDET, DOSTOYUSKY, GLADSTONE, GONCOURT, RICHEPIN, TOLSTOY, TURGUENEF Y ZOLA.

Precios de suscripción, pagando adelantado:

En España, seis meses, 17 *pesetas*; un año, 30 *pesetas*.- En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, 40 *francos*, enviando el importe a esta Administración en letras sobre Madrid, París o Londres.

Las suscripciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, se sirven a partir de los meses de Enero y Julio de cada año.

Se remite un tomo de muestra gratis a quien lo pida por escrito al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral.

Novelas y caprichos

Precioso libro que contiene los siguientes

ARTÍCULOS

Sopas de ajo (cuento), por el *Doctor Thebussem*.- El collar de perlas (cuadro árabe), por *Manuel del Palacio*.- Virtudes premiadas (novela), por *J. Octavio Picón*.- El poder de la ilusión (poema), por *Ramón de Campoamor*.- El mechón blanco (cuento), por *Emilia Pardo Bazán*.- Tisis poética (leyenda), por *José Zorrilla*.- Chucho (agua-fuerte), por *A. Palacio Valdés*.- La risa del payaso (cuento), por *Emilio Ferrari*.- El novenario

de ánimas (cuento), por *Narciso Oller*.- Placidez (cuento), por *Eugenio Sellés*.- La condesa de Palenzuela (cuento), por *Antonio de Valbuena*.

Contiene más de 200 grabados, y es el libro más bonito e interesante que ha visto la luz en España.

Precio: **tres pesetas**.

Personajes ilustres

Jorge Sand, Víctor Hugo, Balzac, Alfonso Daudet Sardou, Dumas (hijo), G. Flaubert, Chateaubriand, Goncourt, Musset, Sthendal, Teófilo Gautier y Sainte Beuve, por Zola, a peseta cada uno.- *El P. Luis Coloma*, por E. Pardo Bazán, dos pesetas.- *Núñez de Arce*, por M. Menéndez y Pelayo, una peseta.- *Ventura de la Vega*, por Juan Valera, íd.- *J. E. Hartzenbusch*, por A. Fernández Guerra, íd.- *Cánovas*, por R. de Campoamor, íd.- *Alarcón*, por E. Pardo Bazán, íd.- *Zorrilla*, por I. Fernández Flórez, íd.- *Martínez de la Rosa*, por M. Menéndez y Pelayo, íd.- *Ayala*, por J. O. Picón, íd.- *Tamayo*, por F. Fernández Flores, íd.- *Trueba*, por R. Becerro de Bengoa, íd.- *Lord Macaulay*, por Gladstone, íd.- *Concepción Arenal*, por Pedro Dorado, ídem.- *Heine*, por T. Gautier, íd.- *Ibsen*, por L. Pasarge, íd.- *Taine*, por Bourget, 0,50 céntimos.- *Bretón*, por Molins, una peseta.- *Campoamor*, por E. Pardo Bazán, íd.- *Fernán-Caballero*, por Asensio, íd.- *Zola*, por Maupassant, íd.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

A tres pesetas tomo.

1. -LA SONATA DE KREUTZER, por Tolstoy.
2. -EL CABECILLA, por Barbey d'Aurevilly.
3. -MARIDO Y MUJER, por Tolstoy.
4. -RECUERDOS DE MI VIDA, por Wagner.
5. -DOS GENERACIONES, por Tolstoy.
6. -QUERIDA, por Goncourt.
7. -EL AHORCADO, por Tolstoy.
8. -HUMO, por Turguenef.
9. -LAS VELADAS DE MÉDAN, por Zola.

10. -EL PRÍNCIPE NEKHLI, por Tolstoy.
11. -RENATA MAUPERIN, por Goncourt.
12. -EL DANDISMO, por Barbey d'Aurevilly.
- 13 y 14. -JACK, por Daudet.
15. -EN EL CÁUCASO, por Tolstoy.
16. -NIDO DE HIDALGOS, por Turguenet.
17. -ESTUDIOS LITERARIOS, por Zola.
18. -MISS ROVEL, por Cherbuliez.
19. -MI INFANCIA. Y MI JUVENTUD, por Renán
20. -LA MUERTE, por Tolstoy.
21. -GERMINIA LACERTEUX, por Goncourt.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

OBRAS
COMPLETAS

DE

AUGUSTO FERRAN

La Soledad.—La Pereza.—El Puñal.—Una
inspiración alemana, etc.

PRÓLOGO DE

GUSTAVO A. BECQUER.

VOLUMEN ÚNICO

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cta. de Sto. Domingo, 16

Teléf. 260.

▽△

Prólogo

I

Leí la última página, cerré el libro y apoyé mi cabeza entre las manos.

Un soplo de la brisa de mi país, una onda de perfumes y armonías lejanas besó mi frente y acarició mi oído al pasar.

Toda mi Andalucía, con sus días de oro y sus noches luminosas y transparentes, se levantó como una visión de fuego del fondo de mi alma.

Sevilla, con su *Giralda* de encajes, que copia temblando el Guadalquivir, y sus calles morunas, tortuosas y estrechas, en las que aún se cree escuchar el extraño crujido de los pasos del Rey Justiciero; Sevilla, con sus rejas y sus cantares, sus cancelas y sus rondadores, sus retablos y sus cuentos, sus pendencias y sus músicas, sus noches tranquilas y sus siestas de fuego, sus alboradas color de rosa y sus crepúsculos azules; Sevilla, con todas las tradiciones que veinte centurias han amontonado sobre su frente, con toda la pompa y la gala de su naturaleza meridional, con toda la poesía que la imaginación presta a un recuerdo querido, apareció como por encanto a mis ojos, y penetré en su recinto, y crucé sus calles, y respiré su atmósfera, y oí los cantos que entonan a media voz las muchachas que cosen detrás de las celosías, medio ocultas entre las hojas de las campanillas azules; y aspiré con voluptuosidad la fragancia de las madre selvas, que corren por un hilo de balcón a balcón, formando toldos de flores; y torné, en fin, con mi espíritu a vivir en la ciudad donde he nacido, y de la que tan viva guardaré siempre la memoria.

No sé el tiempo que transcurrió mientras soñaba despierto. Cuando me incorporé, la luz que ardía sobre mi bufete oscilaba próxima a expirar, arrojando sus últimos destellos que, en círculos, ya luminosos, ya sombríos, se proyectaban temblando sobre las paredes de mi habitación.

La claridad de la mañana, esa claridad incierta y triste de las nebulosas mañanas de invierno, teñía de un vago azul los vidrios de mis balcones.

Al través de ellos se divisaba casi todo Madrid.

Madrid, envuelto en una ligera neblina, por entre cuyos rotos jirones levantaban sus crestas oscuras las chimeneas, las buhardillas, los campanarios y las desnudas ramas de los árboles.

Madrid sucio, negro, feo como un esqueleto descarnado, tiritando bajo su inmenso sudario de nieve.

Mis miembros estaban ya ateridos; pero entonces tuve frío hasta en el alma.

Y, sin embargo, yo había vuelto a respirar la tibia atmósfera de mi ciudad querida, yo había sentido el beso vivificador de sus brisas cargadas de perfumes, su sol de fuego había deslumbrado mis ojos al trasponer las verdes lomas sobre que se asienta el convento de *Aznalfarache*.

Aquel mundo de recuerdos lo había evocado como un conjuro mágico, un libro.

Un libro impregnado en el perfume de las flores de mi país; un libro, del que cada una de las páginas es un suspiro, una sonrisa, una lágrima o un rayo de sol; un libro, por último, cuyo solo título aún despierta en mi alma un sentimiento indefinible de vaga tristeza.

¡La soledad!

La soledad es el cantar favorito del pueblo en mi Andalucía.

II

Aquel libro lo tenía allí para juzgarlo.

Como cuestión de sentimiento, para mí ya lo estaba.

Sin embargo, el criterio de la sensación está sujeto a influencias puramente individuales, de las que se debe despojar el crítico, si ha de llenar su misión dignamente.

Esto es lo que voy a hacer, si me es posible.

Hay una poesía magnífica y sonora; una poesía hija de la meditación y el arte, que se engalana con todas las pompas de la lengua, que se mueve con una cadenciosa majestad, habla a la imaginación, completa sus cuadros y la conduce a su antojo por un sendero desconocido, seduciéndola con su armonía y su hermosura.

Hay otra natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra y huye, y desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre, despierta, con una que las toca, las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía.

La primera tiene un valor dado: es la poesía de todo el mundo.

La segunda carece de medida absoluta; adquiere las proporciones de la imaginación que impresiona: puede llamarse la poesía de los poetas.

La primera es una melodía que nace, se desarrolla, acaba y se desvanece.

La segunda es un acorde que se arranca de un arpa, y se quedan las cuerdas vibrando con un zumbido armonioso.

Cuando se concluye aquélla, se dobla la hoja con una suave sonrisa de satisfacción.

Cuando se acaba ésta, se inclina la frente cargada de pensamientos sin nombre.

La una es el fruto divino de la unión del arte y de la fantasía.

La otra es la centella inflamada que brota al choque del sentimiento y la pasión.

Las poesías de este libro pertenecen al último de los dos géneros, porque son populares, y la poesía popular es la síntesis de la poesía.

III

El pueblo ha sido, y será siempre, el gran poeta de todas las edades y de todas las naciones.

Nadie mejor que él sabe sintetizar en sus obras las creencias, las aspiraciones y el sentimiento de una época.

Él forjó esa maravillosa epopeya celeste de los dioses del paganismo, que después formuló Homero.

Él ha dado el ser a ese mundo invisible de las tradiciones religiosas, que puede llamarse el mundo de la mitología cristiana.

Él inspiró al sombrío Dante el asunto de su terrible poema.

Él dibujó a Don Juan.

Él soñó a Fausto.

Él, por último, ha infundido su aliento de vida a todas esas figuras gigantescas que el arte ha perfeccionado luego, prestándoles formas y galas.

Los grandes poetas, semejantes a un osado arquitecto, han recogido las piedras talladas por él, y han levantado con ellas una pirámide en cada siglo.

Pirámides colosales, que, dominando la inmensa ola del olvido y del tiempo, se contemplan unas a otras y señalan el paso de la humanidad por el mundo de la inteligencia.

Como a sus maravillosas concepciones, el pueblo da a la expresión de sus sentimientos una forma especialísima.

Una frase sentida, un toque valiente o un rasgo natural, le bastan para emitir una idea, caracterizar un tipo o hacer una descripción.

Esto y no más son las canciones populares.

Todas las naciones las tienen.

Las nuestras, las de toda la Andalucía en particular, son acaso las mejores.

En algunos países, en Alemania sobre todo, esta clase de canciones constituyen un género de poesía.

Goethe, Schiller, Uhland, Heine, no se han desdeñado de cultivarlo; es más, se han gloriado de hacerlo.

Entre nosotros no: estas canciones se admiran, es verdad, se aplauden, se repiten de boca en boca. Trueba las ha glosado con una espontaneidad y una gracia admirables; Fernán-Caballero ha reunido un gran número en sus obras; pero nadie ha tocado ese género para elevarlo a la categoría de tal en el terreno del arte.

A esto es a lo que aspira el autor de *La Soledad*.

Estas son las pretensiones que trae su libro al aparecer en la arena literaria.

El propósito es digno de aplauso, y la empresa más arriesgada de lo que a primera vista parece.

¿Cómo lo ha cumplido?

IV

«Al principio de esta colección he puesto unos cuantos cantares del pueblo, para estar seguro al menos de que hay algo bueno en este libro.»

Así dice el autor en el prólogo, y así lo hace.

Desde luego confesamos que este rasgo, a la vez de modestia y confianza en su obra, nos gusta.

Sean como fueren sus cantares, el autor no rehuye las comparaciones.

No tiene por qué rehuirlas.

Seguramente que los suyos se distinguen de los originales del pueblo; la forma del poeta, como la de una mujer aristocrática, se revela, aun bajo el traje más humilde, por sus movimientos elegantes y cadenciosos; pero en la concisión de la frase, en la sencillez de los conceptos, en la valentía y la ligereza de los toques, en la gracia y la ternura de ciertas ideas, rivalizan, cuando no vencen, a los que se ha propuesto por norma.

El autor de *La Soledad* no ha imitado la poesía del pueblo servilmente, porque hay cosas que no pueden imitarse.

Tampoco ha escrito un cantar por vía de pasatiempo, sujetándose a una forma prescrita, como el que vence una dificultad por gala, no; los ha hecho sin duda porque sus ideas, al revestirse espontáneamente de una forma, han tomado ésta; porque su libre educación literaria, su conocimiento de los poetas alemanes y el estudio especialísimo de la poesía popular, han formado desde luego su talento a propósito para representar este nuevo género en nuestra nación.

En efecto, sus cantares, ora brillantes y graciosos, ora sentidos y profundos, ya se traduzcan por medio de un rasgo apasionado y valiente, ya merced a una nota melancólica y vaga, siempre vienen a herir alguna de las fibras del corazón del poeta.

En ellos hay un grito para cada dolor, una sonrisa para cada esperanza, una lágrima para cada desengaño, un suspiro para cada recuerdo.

En sus manos la sencilla arpa popular recorre todos los géneros, responde a todos los tonos de la infinita escala del sentimiento y las pasiones. No obstante, lo mismo al reír que al suspirar, al hablar del amor que al exponer algunos de sus extraños fenómenos, al traducir un sentimiento que al formular una esperanza, estas canciones rebosan en una especie de vaga e indefinible melancolía que produce en el ánimo una sensación al par dolorosa y suave.

No es extraño.

En mi país, cuando la guitarra acompaña *La Soleclad*, ella misma parece como que se queja y llora.

V

Las fatigas que se cantan
son las fatigas más grandes,
porque se cantan llorando
y las lágrimas no salen.

Entre los originales, este es el primer cantar que se encuentra al abrir el libro. Él da el tono al resto de la obra, que se desenvuelve como una rica melodía, cuyo tema fecundo es susceptible de mil y mil brillantes variaciones.

Si la dimensión de este artículo me lo permitiera, citaríá una infinidad de ellos que justificasen mi opinión; en la imposibilidad de hacerlo así, transcribiré algunos que, aunque imperfecta, puedan dar alguna idea del libro que me ocupa:

Si yo pudiera arrancar
una estrellita del cielo,
te la pusiera en la frente
para verte desde lejos.

Cuando pasé por tu casa
«¿quién vive?» al verme gritaste,
sólo con la mala idea
de, si aún vivía, matarme.

Compañera, yo estoy hecho
a sufrir penas crueles;
pero no a sufrir la dicha

que apenas llega se vuelve.

En estos cantares, el autor rivaliza en espontaneidad y gracia con los del pueblo: la misma forma ligera y breve, la misma intención, la misma verdad y sencillez en la expresión del sentimiento.

En los que sigue varía de tono:

Antes piensa y luego habla;
y después de haber hablado,
vuelve a pensar lo que has dicho,
y verás si es bueno o malo.

Levántate si te caes,
y antes de volver a andar,
mira dónde te has caído
y pon allí una señal.

Yo me he querido vengar
de los que me hacen sufrir,
y me ha dicho mi conciencia
que antes me vengue de mí.

Una sentencia profunda, encerrada en una forma concisa, sin más elevación que la que le presta la elevación del pensamiento que contiene. Verdad en la observación, naturalidad en la frase: estas son las dotes del género de estos cantares. El pueblo los tiene magníficos; por los que dejamos citados se verá hasta qué punto compiten con ellos los del autor de *La Soledad*:

Los mundos que me rodean
son los que menos me extrañan;
el que me tiene asombrado
es el mundo de mi alma.

Lo que envenena la vida,
es ver que en torno tenemos
cuanto para ser felices
nos hace falta y no es nuestro.

Yo no sé lo que yo tengo,
ni sé lo que a mí me falta,
que siempre espero una cosa
que no sé cómo se llama.

¡Ay de mí! Por más que busco
la soledad, no la encuentro.
Mientras yo la voy buscando,
mi sombra me va siguiendo.

Todo hombre que viene al mundo

trae un letrero en la frente
con letras de fuego escrito,
que dice: «Reo de muerte».

La poesía popular, sin perder su carácter, comienza aquí a elevar su vuelo.

La honda admiración que nos sobrecoge al sentir levantarse en el interior del alma un maravilloso mundo de ideas incomprensibles, ideas que flotan como flotan los astros en la inmensidad.

Esa amargura que corroe el corazón, ansioso de goces, goces que pasan a su lado y huyen lanzándole una carcajada, cuando tiende la mano para asirlos; goces que existen, pero que acaso nunca podrá conocer.

Esa impaciencia nerviosa que siempre espera algo, algo que nunca llega, que no se puede pedir, porque ni aun se sabe su nombre; deseo quizá de algo divino, que no está en la tierra, y que presentimos no obstante.

Esa desesperación del que no puede ahuyentar los dolores, y huye del mundo, y los tormentos le siguen, porque sus torturas son sus ideas, que, como su sombra, le acompaña a todas partes.

Esa lúgubre verdad que nos dice que llevamos un germen de muerte dentro de nosotros mismos; todos esos sentimientos, todas esas grandes ideas que constituyen la inspiración, están expresados en los cuatro cantares que preceden, con una sobriedad y una maestría que no puede menos de llamar la atención.

Como se ve, el autor, con estas canciones, ha dado ya un gran paso para aclimatar su género favorito en el terreno del arte.

Veamos ahora algunas de las que, también imitación de las populares, que constan de dos o más estrofas, ha intercalado en las páginas de su libro:

Pasé por un bosque y dije
«aquí está la soledad...»
y el eco me respondió
con voz muy ronca: «aquí está».

Y me respondió «aquí está»
y entonces me entró un temblor
al ver que la voz salía
de mi mismo corazón.

Tenía los labios rojos,
tan rojos como la grana...
labios ¡ay! que fueron hechos
para que alguien los besara.

Yo un día quise... la niña
al pie de un ciprés descansa:

un beso eterno la muerte
puso en sus labios de grana.

Allá arriba el sol brillante
las estrellas allá arriba;
aquí abajo los reflejos
de lo que tan lejos brilla.

Allá lo que nunca acaba,
aquí lo que al fin termina:
¡y el hombre atado aquí abajo
mirando siempre hacia arriba!

La primera de estas canciones puede ponerse en boca del *Manfredo*, de Byron; Schiller, no repudiaría la segunda si la encontrase entre sus baladas, y con pensamientos menos grandes que el de la tercera ha escrito Víctor Hugo muchas de sus odas.

Pero nos resta aún por citar una de ellas, acaso una de las mejores, sin duda la más melancólica, la más vaga, la más suave de todas, la última: con ella termina el libro de *La Soledad*, como con una cadencia armoniosa que se desvanece temblando, y aún la creemos escuchar en nuestra imaginación:

Los que quedan en el puerto
cuando la nave se va,
dicen al ver que se aleja:
«¡quién sabe si volverán!»

Y los que van en la nave
dicen mirando hacia atrás:
«¡quién sabe cuando volvamos
si se habrán marchado ya!»

VI

«En cuanto a mis pobres versos, si algún día oigo salir uno solo de ellos de entre un corrillo de alegres muchachas, acompañado por los tristes tonos de una guitarra, daré por cumplida toda mi ambición de gloria, y habré escuchado el mejor juicio crítico de mis humildes composiciones».

Así termina el prólogo de *La Soledad*. ¿Con qué otras palabras podía yo concluir esta revista, que pusieran más de relieve la modestia y la ternura del nuevo poeta?

Yo creo, yo espero, digo más, yo estoy seguro que no tardarán mucho en cumplirse las aspiraciones del autor de estos cantares.

Acaso, cuando yo vuelva a mi Sevilla, me recordará alguno de ellos días y cosas que a su vez me arranquen una lágrima de sentimiento semejante a la que hoy brota de mis ojos al recordarla.



Prólogo del autor

He escrito estos versos en el estilo sencillo y espontáneo de las canciones populares, las cuales he intentado imitar.

Si me he separado algunas veces del carácter peculiar de este género de poesías, no lo puedo atribuir más que a mi predilección por ciertas canciones alemanas, entre ellas las de Enrique Heine, que en realidad tienen alguna semejanza con los cantares españoles.

Al principio de esta colección he puesto unos cuantos cantares del pueblo, de los muchos que tengo recogidos, para estar seguro al menos de que hay algo bueno en este libro.

En cuanto a mis pobres versos, si algún día oigo salir uno solo de ellos de entre un corrillo de alegres muchachas, acompañado por los tristes tonos de una guitarra, daré por cumplida toda mi ambición de gloria y habré escuchado el mejor juicio crítico de mis humildes composiciones.



Cantares del pueblo

I

Yo tengo una lima sorda,
que me lima el corazón:
suspirando me anochece,
llorando me sale el sol.

II

Yo conocí un castillito
más alto que las estrellas;
luego le he visto caer
hasta el rape de la tierra.

III

Te tengo comparadita
con las piedras de la calle,
que las pisa todo el mundo
y no se quejan de nadie.

IV

A ninguna en este mundo
he querido más que a ti;

el que tú no lo conozcas
ese es mi mayor sentir.

V

Mientras más caricias me haces
más en confusión me pones,
porque tus caricias son
vísperas de tus traiciones.

VI

Todo lo vence el querer,
todo lo alcanza el dinero,
todo acaba con la muerte,
todo llega con el tiempo.

VII

Corre, ve y dile a tu madre
que no hable mal de mí,
que pérdidas y ganancias
todas caerán sobre ti.

VIII

Si en la calle me encontrases
y no te pudiera hablar,
háblale a mi sombra, que ella
por mí te contestará.

IX

Causa de mi perdición,
quiero apartarme de ti:
la mujer que quiere a dos
no puede tener buen fin.

X

Hice yo un hoyo en la tierra
y enterré mis pensamientos;
por no descubrirme a nadie
tormentos le di a mi cuerpo.

XI

Yo tengo comparadita
la mujer con el caballo,
si no tiene buen jinete
no se la quita el resabio.

XII

Se encontraron y se hablaron,
y dijo el tiempo al querer:
esa soberbia que tienes
yo te la castigaré.

XIII

Vengo yo a verte y me dicen
que he perdido la vergüenza;
no considera ninguno
la pasión que a mí me ciega.

XIV

Los mocitos de mi barrio
dicen que no soy valiente;

contéstales tú, morena,
que me he atrevido a quererte.

XV

Yo me he puesto en oración
por ver si Dios me revela
si este querer tuyo y mío
es fingido o es de veras.

XVI

Aquel que tiene dinero
todo el mundo le quería,
y en llegándole a faltar
no le dan los buenos días.

XVII

Caballo que se desboca
dime, ¿qué remedio tiene?
El tirarle de las riendas,
que él se parará si quiere.

XVIII

Siempre me echabas achaques
para no salirme a hablar;
lo que es tiempo, te sobraba;
te faltaba voluntad.

XIX

Mi cama son duras piedras,
mi cabecera un ladrillo,
y a las paredes me agarro
creyendo que estoy contigo.

XX

En el querer no hay venganza,
y te has venerado de mí;
si no hay castigo en la tierra
del cielo te ha de venir.

XXI

Cuando esté en la sepultura
y de gusanos roído,
mis huesos tendrán letreros
diciendo que te he querido.

XXII

Cualesquiera que me viera
dirá que no tengo pena,
y tengo mi corazón
como una bayeta negra.

XXIII

Rómpase el velo que cubre
el celeste firmamento,
para que aprendan los hombres
de los ángeles del cielo.

XXIV

Yo pensé que un querer bien
ya se podría olvidar,

y es callejón tan estrecho
que el que entra no sale más.

XXV

Yo no sé lo que le ha dado
esta serrana a mi cuerpo,
que hago por olvidarla
y en viéndola me arrepiento.

XXVI

Yo que me vi publicado
y encima con tantas penas,
he tomado la venganza
contra mi persona mesma.

XXVII

Me siento sobre mi cama
y repaso mi memoria;
yo hablo con las paredes,
y no hallo quien me responda.

XXVIII

Tierra, ¿cómo no te abres
y te sales de tu centro,
y tragas a esta mujer
de tan malos pensamientos?

XXIX

Si un Divé⁽¹⁾ me diera el mando
como se lo dio a la muerte,
yo quitaría del mundo
a quien me estorba quererte.

XXX

De lo que yo hago contigo
no se puede espantar nadie,
porque me hago los cargos
que eres carne de mis carnes.

XXXI

Más bien consiento en morirme
que no en publicar mis penas,
porque brocales de fuego
salen del alma y me queman.

XXXII

Yo me arrimé a un pino verde
por ver si me consolaba;
y el pino, como era verde,
de verme llorar, lloraba.

XXXIII

Cuando hables de mi persona
no digas que me has querido,
di que fue un capricho sólo
que los dos hemos tenido.

XXXIV

Porque te vi desde lejos
por eso te quiero tanto;

haces bien en no acercarte,
de cerca pierde lo falso.

XXXV

Paloma que vas volando
y en el pico llevas hilo,
dámelo para coser
tu corazón con el mío.

XXXVI

Ya se me quitó la venda
que tan ciego me tenía,
y he llegado a conocer
que vendado más veía.

XXXVII

Desgraciado el arbolito
que solo en el campo nace:
todas las aves del mundo
contra sus ramas combaten.

XXXVIII

Yo pensé que era yo solo
serrana, a quien tú querías,
y te diviertes con otro
todas las horas del día.

XXXIX

Una niña me engañó
y me llevó junto a un trigo.
¡Cuándo volverá la niña
a gastar bromas conmigo!

XL

Me quisistes y te quise;
me olvidaste y te olvidé;
los dos tuvimos la culpa,
tú primero y yo después.

XLI

Pierde pan y pierde perro
quien da pan a perro ajeno;
yo no te quiero dar nada
por no perder más que el perro.

XLII

Anoche ensoñé un ensueño
que yo tengo por verdad:
en estando un hombre ausente
otro ocupa su lugar.

XLIII

El diablo, por su avaricia,
se condenó y fue al infierno,
y a ti, por avariciosa,
te va a suceder lo mismo.

XLIV

Una me dijo que sí,
otra me dijo que no:

la del sí, quería ella;
la del no, quería yo.

XLV

Arbolillo, te secaste
teniendo el agua en el pie,
en el tronco la firmeza
Y en la ramita el querer.

XLVI

Agua menudita llueve
y ya corren las canales;
ábreme la puerta, cielo,
que soy aquel que tú sabes.

XLVII

Hace ya muy largos años
que te hablo y no me comprendes;
no te echo la culpa a ti,
sino es a mi mala suerte.

XLVIII

Yo creí que con el tiempo
mis penas se acabarían,
y se me van aumentando
como las horas del día.

XLIX

Esta sí que es calle angosta,
calle de temor y miedo;
quiero entrar y no me dejan,
quiero salir y no puedo.

L

Hermanita de mi vida,
qué quieres que yo te cuente,
si el quitarme de tu vera
es quitarme a mí la muerte.

LI

Yo no sé lo que he de hacerme
atento de tu querer,
si lo deje por la mano
o si me pierda por él.

LII

Anda diciendo tu madre
que yo tengo mala lengua;
lo que yo he hecho contigo
no lo sabe ni la tierra.

LIII

Yo no sé lo que me has dado
que me has quitado el sentido:
me he puesto ya muchas veces
a olvidarte y no he podido.

LIV

Yo le respondí al verdugo
con palabras muy sensibles:

quítame pronto la vida,
que olvidarla es imposible.

LV

A un oscuro calabozo
me traían la comida;
más lágrimas derramaba
que bocaditos comía.

LVI

Yo sembré en un peñascal
creyendo que era en un llano;
me salió la tierra mala
y fue preciso segarlo.

LVII

Mi querer y tu querer
son dos quereres en uno;
y siempre estamos riñendo
por si es mío o por si es tuyo.

LVIII

En libertad, me querías,
y ahora, preso, me aborreces:
desgraciado aquel que cae
en las manos de los jueces.

LIX

Por causa de esa serrana
mi cuerpo se echó a perder:
el que siembra en mala tierra,
¿qué es lo que espera coger?

LX

El carrito de los muertos
ha pasado por aquí:
llevaba la mano fuera,
por eso la conocí.

LXI

Me fui a misa a la Victoria,
me encomendé a la Humildad,
que estas fatigas me alivie
que no las puedo aguantar.

LXII

Flamenca, te lo he pedido
por la salud de tu madre,
que no pases por mi puerta,
que se redoblan mis males.

LXIII

Compañerito del alma
en el cementerio entré,
y levantando la losa
me encontré con tu querer.

LXIV

Al pasar por una calle
vi yo un acompañamiento:

¡pobrecillo de mi alma
cómo llevará su cuerpo!

LXV

Ya no quiero querer más
quiero seguir tu opinión;
que un querer con mucho extremo
es causa de perdición.

LXVI

No digas, donde te pongas,
que agua tienes de bautismo;
te escupirán a la cara
por lo que has hecho conmigo.

LXVII

Veinticinco calabozos
tiene la cárcel de Utrera;
veinticuatro llevo andados
y el más oscuro me queda.

LXVIII

Ábrase la sepultura,
que me quiero meter dentro;
que un hombre de mis hechuras
se compara con los muertos.

LXIX

Ven acá, mujer del mundo,
conviértete a la razón;
ningún hombre puede ser
tan cabal como el reló.

LXX

La víbora ponzoñosa
en medio de su bravío,
venga y coma de mis carnes
si yo te quiero fingido.

LXXI

Cuando dos quieren a una
y los dos están presentes,
el uno cierra los ojos
y el otro aprieta los dientes.

LXXII

A aquel que tiene la culpa
de que penas pase yo,
a pedazos se le caigan
las alas del corazón.

LXXIII

Dondequiera que te pongas
me tendrás que venerar,
porque yo he sido, queriendo,
la piedra fundamental.

LXXIV

En medio de mi fatiga
por querer, quise dormirme,

que el que vive como yo
cuando duerme es cuando vive.

LXXV

¿Qué importa que no te vea
si ya tengo un gran alivio?
Yo tengo mi corazón
todas las horas contigo.

LXXVI

Cuanto más hables más pierdes,
y a ti te obliga el callar;
que el hierro que yo te he echado
a la cara te saldrá.

LXXVII

En la raíz del querer
nació mi madre gitana,
y yo, como soy su hijo,
vengo de la misma rama.

LXXVIII

Hablas muy mal de lo bueno
y Dios te ha de castigar;
cuando de lo bueno hablas,
de lo malo ¿qué será?

LXXIX

Tus ojos son dos ladrones
que a un tiempo roban y matan,
la sepultura es tu pecho
y la salvación tu alma.

LXXX

Tengo mi cuerpo metido
en confusiones muy grandes,
que en un camino me encuentro
con dos veredas iguales.

Con dos veredas iguales,
y me paro en la mejor;
si tomo la que no quiero
ha de ser mi perdición.

Ha de ser mi perdición,
pero la cuenta me hago,
que me pierdo por mi gusto
y a nadie le causo daño.

LXXXI

No me espanta que al dormir
te hable con el deseo;
son mis fatigas tan grandes
que estoy durmiendo y te veo.

Que estoy durmiendo y te veo
que estás a la vera mía,

y me despierto llorando
que me ahogan las fatigas.

LXXXII

Anda y pregúntale a un sabio
cuál de los dos pierde más,
el que come de sus carnes
o el que publica su mal.

El que publica su mal
por el pronto siente alivio,
y el que come de sus carnes
se da tormento a sí mismo.

LXXXIII

Por si acaso yo no muero
y me quieres encontrar,
vete a la iglesia mayor
y comiéndame a llamar.

Y comiéndame a llamar
que yo te responderé,
porque pediré licencia
al poderoso Divé.

El poderoso Divé
la licencia me dará,
por lo bien que te he querido
hasta el juicio final.

Hasta el juicio final
fatigas tendré por verte,
y ahora que más te quiero
de mí se acuerda la muerte.

De mí se acuerda la muerte,
cosa que no debe ser,
que me aparten de tu vera
y me quiten tu querer.

LXXXIV

En el querer no hay saber,
lo tengo experimentado;
de lo que siempre he huido
un Divé me ha castigado.

Si un Divé me ha castigado
una fue y dos no será,
que ya me he mirado en mí
y veo lo que el querer da.

Si esto es lo que el querer da,
yo no quiero más querer;

que tú me dieras mal pago
a mí se me emplea bien.

A mí se me emplea bien,
pero un consuelo tenía,
que si dejas mi querer
sabrás lo que son fatigas.

Sabrás lo que son fatigas,
y un Divé me ha de otorgar
que con los brazos abiertos
me has de venir a buscar.

La soledad

1860

I

Las fatigas que se cantan
son las fatigas más grandes,
porque se cantan llorando
y las lágrimas no salen.

II

Al ver en tu sepultura
las siemprevivas tan frescas,
me acuerdo, madre del alma,
que estás para siempre muerta.

III

Los mundos que me rodean
son los que menos me extrañan:
el que me tiene asombrado
es el mundo de mi alma.

IV

Los que la cuentan por años
dicen que la vida es corta;
a mí me parece larga
porque la cuento por horas.

V

Cuando dices un embuste
la sangre salta a tu cara:
no digas más que verdades,
porque es tu sangre encarnada.

VI

Pasé por un bosque y dije:
«aquí está la soledad...»
y el eco me respondió
con voz muy ronca: «aquí está.»

Y me respondió «aquí está»

y sentí como un temblor,
al ver que la voz salía
de mi propio corazón.

VII

Dos males hay en el mundo
que es necesario vencer:
el amor de uno a sí mismo
y el rencor de la mujer.

VIII

Al darme la muerte, ingrata,
a ti misma te castigas,
pues tu castigo mayor
es quedarte con dos vidas.

IX

Yo me marché al campo santo
y a voces llamé a los muertos,
y para castigo mío
los vivos me respondieron.

X

Eres muy niña y ya clavas
en tu pañuelo alfileres:
ya dejan ver desde niñas
su inclinación las mujeres.

XI

Dentro de un tropel de penas
tengo mi cuerpo metido,
y nadie me da socorro
por más que a voces lo pido.

XII

Al verme triste a tu lado
no me preguntes qué tengo;
tendría que responderte,
y yo acusarte no quiero.

XIII

Yo tenga hecha con el cielo
una escritura perpetua
de no marcharme del mundo
hasta que la muerte venga.

Y hasta que la muerte venga
esperaré sin quejarme,
sólo por ver en el mundo
dónde concluyen los males.

XIV

No hagas daño, compañero,
ni a los que daño te hicieren,
porque aquel que a hierro mata
casi siempre a hierro muere.

XV

La muerte ya no me espanta;

tendría más que temer
si en el cielo me dijeran:
has de volver a nacer.

XVI

Si mis ojos no te dicen
todo lo que el pecho siente,
no es porque se están callados;
es porque no los comprendes.

XVII

Puedes hacer lo que quieras,
que a nada me opongo yo;
pero comprar mi dinero
con tu querer... ¡eso no!

XVIII

Yo no sé lo que yo tengo,
ni sé lo que me hace falta,
que siempre espero una cosa
que no sé cómo se llama.

XIX

Yo propio juez de mi causa
he venido a sentenciar,
que yo la muerte merezco,
tú la muerte... y algo más.

XX

Las estrellas que en el cielo
brillan con gran claridad,
¡cuántas noches de fatigas
las he querido contar!

Las he querido contar
sin llegarlo a conseguir,
que tengo los ojos malos
de llorar y de reír.

De llorar, cuando me acuerdo
que Dios de mí te apartó;
de reír, al acordarme
que pronto iré junto a Dios.

XXI

De mirar con demasía
se me han cegado los ojos,
y ahora que ciego me encuentro
es cuando lo veo todo.

Y ahora que lo veo todo,
estoy viendo de continuo
el mundo y sus desengaños
pasar dentro de mí mismo.

XXII

Si me quieres como dices,

¿por qué te apartas de mí?
agua que va río abajo,
en la mar viene a morir.

XXIII

No os extrañe, compañeros,
que siempre cante mis penas,
porque el mundo me ha enseñado
que las mías son las vuestras.

XXIV

Hace ya muy largos años
que en todas partes te veo,
pero no tal como eres,
sino según mi deseo.

XXV

Di a tu madre que sin falta
me venga a hablar esta noche,
que la quiero, una por una,
contar tus malas acciones.

XXVI

Mirando al cielo juraste
no me engañarías nunca,
y desde entonces el cielo
sólo con verte se nubla.

XXVII

En un calabozo oscuro
sufro penas sobre penas,
y a fuerza de estar a oscuras,
se ha vuelto mi pena negra.

XXVIII

Al saber que me engañabas,
fui a la orilla del mar;
quise llorar y no pude,
y en ti me puse a pensar.

En ti me puse a pensar,
y por fin llegué a entender
cómo una mujer que quiere
puede olvidar su querer.

Puede olvidar su querer;
y al ver que esto era verdad,
mis lágrimas se perdieron
en lo profundo del mar.

XXIX

Tu aliento es mi única vida,
y son tus ojos mi luz;
mi alma está donde tu pecho,
mi patria donde estás tú.

XXX

Del fuego que por tu gusto

encendimos hace tiempo,
las cenizas sólo quedan,
y en el corazón las llevo.

XXXI

Pobre me acosté, y en sueños
vi lleno de oro mi cuarto:
más pobre me levanté
que antes de haberme acostado.

XXXII

¿Cómo quieres que yo queme
las prendas que me has devuelto,
si el corazón me lo has dado
tú misma cenizas hecho?

XXXIII

El pájaro que me diste,
preso lo tengo en su jaula,
y el pobre de día y noche
se muere, y por eso canta.

XXXIV

Llevas escrito en tu cara
que tienes mal corazón,
y es tan poca tu vergüenza
que aún vas por donde yo voy.

XXXV

Madre mía, compañera,
madre mía ¿dónde estás?
te llamo en el cementerio
y no quieres contestar.

No me quieres contestar,
cuando te vengo a pedir
el alma que te llevaste
al separarte de mí.

Al separarte de mí
me diste un beso de adiós,
y en tus labios toda mi alma,
madre mía, se quedó.

XXXVI

Si os encontráis algún día
dentro de la soledad,
no pidáis consuelo al mundo,
porque él no os lo puede dar.

XXXVII

Sé que me voy a perder
y ya sé que estoy perdido,
y solamente me pesa
que no te pierdas conmigo.

XXXVIII

Tengo deudas en la tierra,

y deudas tengo en el cielo:
pagaré allá con mi alma;
ya pago aquí con mi cuerpo.

XXXIX

En sueños te contemplaba
dentro de la oscuridad,
y cuando abriste los ojos
todo comenzó a brillar.

Todo comenzó a brillar,
y entonces te llamé yo:
cerraste al punto los ojos,
y la oscuridad volvió.

XL

Cuando te estoy contemplando
quisiera poner en ti
en una, cuantas miradas
desde que vivo perdí.

XLI

Antes piensa y después habla,
y después de haber hablado,
vuelve a pensar lo que has dicho,
y verás si es bueno o malo.

XLII

Entre un rosal y una zarza
nació una flor amarilla,
con tantas y tantas penas
que se murió el mismo día.

XLIII

He preguntado llorando
a mi pobre corazón,
si es mentira su alegría
y si es verdad su dolor.

Y si es verdad su dolor,
y se ha puesto a suspirar,
diciéndome en sus suspiros:
es mentira y es verdad.

XLIV

Cuando se llama a una puerta
y ninguna voz responde,
es señal de que en la casa
son muy ricos o muy pobres.

XLV

Todo el que la piedra tira
y esconde después la mano,
es, aunque no lo parezca,
el más malo de los malos.

XLVI

Cuando pasé por tu casa,

«¿quién vive?» al verme gritaste,
sólo con la mala idea
de, si aún vivía, matarme.

XLVII

Yo no sé dónde he leído
que toda la vida es sueño;
y para ver si es verdad,
a solas vivo despierto.

A solas vivo despierto,
y he sacado en consecuencia
que por la noche se vive,
y que de día se sueña.

XLVIII

Dicen que te metes monja,
yo no lo quiero creer,
porque una cosa te falta
que yo nunca te daré.

XLIX

Por Dios, mujer, no me mires
con los ojos entreabiertos,
porque así me dices sólo
la mitad de tus secretos.

L

Todos los sabios del mundo
han sacado en consecuencia,
que el dinero y las mujeres
se parecen en la mezcla.

LI

Cuando el frío de la muerte
a helar comience mi sangre,
te llamaré en voz muy alta
para que vengas a hablarme.

Y cuando estés a mi lado
me dirás lo que ya sabes...
y así se concluirán
de una vez todos mis males.

LII

El querer es una hoguera
que en nuestro pecho se enciende;
por eso cuando queremos
toda nuestra sangre hierve.

LIII

«Desde Granada a Sevilla,
y desde Sevilla al cielo...»
pero no tú, desalmada;
tú irás antes al infierno.

LIV

¡Ay pobre de mí, que a fuerza

de pensar en mis vecinos,
me he salido de mi casa
olvidándome a mí mismo!

LV

Ánimo, corazoncito,
vuelve a recobrar la vida,
que aún te quedan en el mundo
muchas penas escondidas.

Muchas penas escondidas,
y entre ellas ¡ay! la más negra:
la de hallarte día y noche
a solas con tu conciencia.

LVI

En el cielo hay una estrella
que corre hacia todas partes,
mirando si hay en el mundo
dos corazones iguales.

LVII

Levántate si te caes,
y antes de volver a andar
mira dónde te has caído
y pon allí una señal.

LVIII

Si yo tuviera el dinero
de los que a mí me han vendido,
ellos fueran menos pobres
y yo sería más rico.

LIX

Por la noche pienso en ti,
y en ti pienso a todas horas;
y mientras tanto yo viva,
vivirá en mí tu memoria.

Vivirá en mí tu memoria,
a la vez triste y alegre,
pues has sido mujer buena,
lo cual rara vez sucede.

LX

Me desperté a media noche,
abrí los ojos, y al ver
que tú estabas a mi lado,
volví a dormirme y soñé.

LXI

Yo me asomé a un precipicio
por ver lo que había dentro,
y estaba tan negro el fondo,
que el sol me hizo daño luego.

LXII

Me han dicho que hay una flor,

de todas la más humilde:
flor que quisiera yo darte,
flor llamada «no me olvides.»

LXIII

Las pestañas de tus ojos
son más negras que la mora,
y entre pestaña y pestaña
una estrellita se asoma.

LXIV

Por Dios, mujer, no te escondas
ni te pongas colorada:
lo que acabo de decirte
es lo que todos te callan.

LXV

Yo no podría sufrir
tantas fatigas y penas,
si no tuviera presente
que la causa ha sido ella.

LXVI

Los cantares que yo canto
se los regalo a los vientos,
y uno no más, uno solo,
guardo hace tiempo en secreto.

Y aquí lo guardo en secreto,
para cantárselo a solas
al que me quiera explicar
el por qué de muchas cosas.

LXVII

No vayas tan a menudo
a buscar agua a la fuente,
que si a la orilla resbalas
se enturbiará la corriente.

LXVIII

Niño, moriste al nacer;
yo envidio el destino tuyo:
tú no sabes lo que hay
desde la cuna al sepulcro.

LXIX

Di, mujer, ¿qué estás haciendo?...
¿no te ha dado Dios razón
para ver que si me engañas
nos engañamos los dos?

LXX

Cada vez que sale el sol
me acuerdo de mis hermanos,
que sin pan y con fatigas
van a empezar su trabajo.

Fatíganse en el trabajo

mientras el sol los alumbra,
y del trabajo descansan
cuando se quedan a oscuras.

LXXI

Has pasado junto a mí
sin decirme «adiós» siquiera;
justamente hoy hace un año
que yo te dije quién eras.

LXXII

Olvida, pues tú lo quieres,
cuanto los dos hemos hecho;
mas sé una vez generosa
y déjame los recuerdos.

LXXIII

Por mi gusto en la corriente
no sé lo que entré a buscar,
y sin sentir me ha llevado
la corriente hasta la mar.

LXXIV

Te he vuelto a ver, y no creas
que el verte me ha sorprendido:
mis ojos ya no se asustan
de ver lo que otros han visto.

LXXV

Sé que me vas a matar
en vez de darme la vida:
el morir nada me importa,
pues te dejo el alma mía.

LXXVI

Yo me he querido vengar
de los que me hacen sufrir,
y me ha dicho mi conciencia
que antes me vengue de mí.

LXXVII

Yo pedí licencia a Dios
que me dejase quererte,
y Dios, al ver mis fatigas,
me la otorgó para siempre.

Me la otorgó para siempre;
y cuando dije «te quiero»,
se presentaron los hombres
y a mi querer se opusieron.

LXXVIII

En lo profundo del mar
hay un castillo encantado,
en el que no entran mujeres,
para que dure el encanto.

LXXIX

Me he equivocado al decirte:

por ti me muero, bien mío;
quise decirte, y perdona,
que tan sólo por ti vivo.

LXXX

Al verte cerca de mí,
dudo yo mismo si sueño;
sueño de noche contigo,
y creo que estoy despierto.

LXXXI

Escuchadme sin reparo;
mis palabras son verdades:
nunca miréis con desprecio
al que mendiga en la calle.

El que mendiga en la calle
es el más digno de lástima,
porque además de ser pobre
lo va diciendo en voz alta.

LXXXII

Ni en la muerte he de encontrar
la quietud que me hace falta;
por eso, cuando me miro,
tengo de mí mismo lástima.

LXXXIII

En verdad, dos son las cosas
que el mundo entero gobiernan:
el oro, por lo que vale,
y el amor, por lo que cuesta.

LXXXIV

Mujer, ¿quién pudo anunciarte
lo que el corazón te pide?
Nunca te hablé, y con tus ojos
cuanto deseo me dices.

LXXXV

Cuando el reloj da las horas,
dice a todos sin reparo:
al rico, que ande deprisa;
al pobre, que ande despacio.

Y el pobre que anda despacio,
con sed y hambre en el camino,
suele a veces llegar antes,
mucho antes que el más rico.

LXXXVI

Cada vez que paso y miro
el sitio donde te hablé,
volviendo al cielo los ojos
digo llorando: ¡aquí fue!

LXXXVII

Ahora me vienes diciendo

que el tiempo pierdo contigo;
¿cómo se puede perder
lo que nunca se ha tenido?

LXXXVIII

Mira si he soñado cosas
en esta noche pasada,
que he soñado que era un sueño
aun lo mismo que soñaba.

LXXXIX

Que me engañara una vez,
lo comprendo... ¡pero dos!
por fuerza el hombre que quiere
pierde toda su razón.

XC

¡Adiós!... De muerte es la herida
que abriste en el pecho mío:
el puñal hiere mejor
cuanto más brillante y fino.

XCI

Dices que hablo mal de ti,
y esa noticia no es cierta;
si quiero, puedo hablar mal,
mas no lo hago por pereza.

XCII

Vengo delante tu reja
a darte el último adiós;
y aunque lloro, no te asustes,
porque tranquilo me voy.

No te asustes, compañera,
que los hombres como yo;
si lloran, es de alegría,
si ríen, es de dolor.

XCIII

Morid contentos, vosotros
que tenéis por compañeras
dos madres que os acarician:
la Humildad y la Pobreza.

XCIV

Si os atormentan fatigas
sin saber de dónde vienen,
no os apuréis por saber,
al irse, dónde se vuelven.

XCV

Por ver si me quito el frío
que al verte me entró ayer noche,
me voy a poner al sol,
que es el hogar de los pobres.

XCVI

«Por el camino real

va caminando a lo lejos
un hombre que se parece
al amante que yo espero.»

Así cantaba la niña
cuando el amante iba huyendo;
que en el camino real
los amantes son viajeros.

XCVII

En una noche de luna
fui a la orilla del río,
llevando la negra pena
que siempre llevo conmigo.

La pena que iba conmigo
tanto aumentó mi fatiga,
que me paré a contemplar
cómo las aguas corrían.

Y en las aguas que corrían
miré mi propio retrato,
al resplandor de la luna,
pasar tembloroso y pálido.

XCVIII

Cuanto más pienso en las cosas,
mucho menos las comprendo;
por eso cuando te miro
te estoy viendo y no lo creo.

XCIX

Como un rayo corre, vuela,
y dile a quien me ofendió,
que hace un año que le espero
para vengarme mejor.

C

Aunque nos den que sentir
siempre corremos tras ellas,
porque al cabo las mujeres
¡son tan malas y tan buenas!

CI

Tened preso el corazón
como a un pájaro en su cárcel,
porque si a escaparse llega
volará hasta que se canse.

Cuando de volar se canse,
vendrá caídas las alas...
¡Y el corazón vuela siempre
en alas de la esperanza!

CII

La campana da las doce;

las doce el eco repite;
las doce el sereno canta
y un día más se despide.

CIII

Sé que tengo que morirme,
y aún no me he puesto a pensar,
cuando la muerte me llame,
lo que habré de contestar.

CIV

Compañera, yo estoy hecho
a sufrir penas crüeles,
pero no a sufrir la dicha
que apenas llega se vuelve.

CV

Cuando te mueras te haré
un cantar de muchas coplas,
para que aprendan los vivos
a respetar tu memoria.

Y si alguno no creyera
lo que en mi cantar yo ponga,
le mandaré al otro mundo
para que allí te conozca.

CVI

Te ríes cuando te digo
que eres causa de mis males:
¡Pobre mujer! ni siquiera
a tiempo reírte sabes.

CVII

Me has hecho esperar dos horas,
las más largas de mi vida;
horas en que hemos forjado,
yo esperanzas, tú mentiras.

CVIII

¡Cuántas veces me he parado
en medio de mi camino,
y he vuelto la vista atrás
porque al pasar no te he visto!

CIX

Tú misma cortaste ramas
del árbol que yo planté;
las echastes a la lumbre,
y no querían arder.

CX

Cuando vayas por el mundo
yo te daré el pasaporte,
y en las señas personales
te pondré «mujer» sin nombre.

CXI

Muerte que causan los celos

es la peor de las muertes,
porque más se ama la vida,
cuantos más celos se tienen.

CXII

Los elementos son cuatro:
agua y aire, tierra y fuego;
y en otro mundo sin nombre
hay otros cuatro elementos.

En él el agua son lágrimas,
el aire vanos deseos,
el fuego continuas luchas,
la tierra remordimientos.

CXIII

Te callas porque conoces
que yo sé toda tu historia;
¡qué cierto es aquel refrán
que dice: quien calla, otorga!

CXIV

Te he visto por la mañana,
y te he visto por la noche,
y siempre te he visto igual,
es decir, mintiendo amores.

CXV

A la ventana me asomo
por ver la gente que pasa;
y por eso digo a veces
que da al mundo mi ventana.

CXVI

Esperanza de mi vida,
¿por qué te alejas de mí
llevándote las promesas
que no llegaste a cumplir?

Cuando ves que ansioso tengo
los ojos fijos en ti,
esperanza de mi vida,
¿por qué te alejas de mí?

CXVII

Ahora que me estás queriendo,
yo no te puedo querer:
las cosas buenas no llegan
a tiempo ninguna vez.

CXVIII

La noche oscura ya llega;
todo en el sueño descansa,
y tan sólo el corazón
dentro del pecho trabaja.

CXIX

Tú me miras, yo te miro,

y así los dos nos miramos:
tú me preguntas quién soy...
yo sigo mirando... y callo.

CXX

Hay cuentos que no son cuentos
y que son una verdad;
escucha si no, morena,
el que te voy a contar.

«Se quisieron una hora:
no se olvidaron jamás...»
una hora es una vida...
es cuento, pero es verdad.

CXXI

Negro está el cielo allá arriba
negros tus ojos, muy negros,
y mi corazón, morena,
como tus ojos lo tengo.

CXXII

Fuego sale de mi pecho,
fuego brota de mis ojos,
al ver que tú eres de nieve
cuando la mano te cojo.

CXXIII

Te quería con el alma,
y por eso tengo celos
al pensar que os enterraron
juntos en el cementerio.

CXXIV

Me quieres echar del mundo,
lo cual no me importa nada,
porque me da el corazón
que este mundo no es mi casa.

CXXV

A la luz de las estrellas
yo te vi, cara de cielo;
por eso cuando te miro,
de las estrellas me acuerdo.

CXXVI

Que te compren no me extraña,
que te vendas... ¡eso sí!
y lo que menos comprendo
es que no te extrañe a ti.

CXXVII

Tenía los labios rojos,
tan rojos como la grana;
labios ¡ay! que fueron hechos
para que alguien los besara.

Yo un día quise... la niña

al pie de un ciprés descansa:
un beso eterno la muerte
puso en sus labios de grana.

CXXVIII

Por fuerza me he vuelto loco
sin saber cómo ni cuándo,
puesto que estoy tan perdido
que me busco y no me hallo.

CXXIX

Vivir, cuando justamente
naciste para morir...
¿cómo vivir, cuando llevas
la muerte dentro de ti?

CXXX

Me hieres con un puñal,
yo con mi pluma te hiero;
mi pecho queda encarnado,
y el tuyo se queda negro.

CXXXI

Si yo pudiera arrancar
una estrellita del cielo,
te la pondría en la frente
para verte desde lejos.

CXXXII

¿Quién eres? -Ya ni me acuerdo.
¿De dónde vienes? -No sé.
¿A dónde vas? -Qué sé yo.
¿Qué haces aquí? -¡Qué he de hacer!

CXXXIII

¡Ay de mí! Por más que busco
la soledad, no la encuentro;
mientras yo la voy buscando,
mi sombra me va siguiendo.

CXXXIV

Dos amantes se juraron
guardar por siempre un secreto;
y por guardarlo mejor,
dicen que ambos se murieron.

CXXXV

Lo que tuve ya se fue;
lo que tengo está perdido;
si lo que espero no llega,
¡pobre de ti, cuerpo mío!

CXXXVI

Es tanto lo que te quiero,
que hasta quiero tener penas,
sí, cuando yo te las cuente,
te has de divertir con ellas.

CXXXVII

Allá arriba el sol brillante,

las estrellas allá arriba;
aquí abajo los reflejos
de lo que tan lejos brilla.

Allá lo que nunca acaba,
aquí lo que al fin termina;
¡y el hombre atado aquí abajo
mirando siempre hacia arriba!

CXXXVIII

Guárdate del agua mansa,
y guárdate de los hombres
que, sin conocerte a ti,
a todo el mundo conocen.

CXXXIX

Eres de lo ajeno avara,
y pródiga de lo tuyo,
cosas que no se comprenden
porque son cosas del mundo.

CXL

Caminando hacia la muerte
me encontré con tu querer,
y por morir más a gusto
seguí el camino con él.

CXLI

Hay víboras en la tierra,
manchas negras en el sol;
centellas hay en el cielo,
y envidia en el corazón.

CXLII

Todo hombre que viene al mundo
trae un letrero en la frente,
con letras de fuego escrito,
que dice: ¡reo de muerte!

CXLIII

Me mata poquito a poco
el querer que yo te tengo:
no te asustes, compañera,
pues por lo mismo te quiero.

CXLIV

Los que quedan en el puerto
cuando la nave se va,
dicen, al ver que se aleja:
¡quién sabe si volverá!

Y los que van en la nave
dicen, mirando hacia atrás:
¡Quién sabe, cuando volvamos,
si se habrán marchado ya!

La pereza

1870

Hay una pereza activa
que mientras descansa piensa,
que calla porque se vence,
que duerme pero que sueña.

Es como un leve reflejo
de la majestad suprema,
que eternamente tranquila,
sobre el universo reina.

¡Oh asilo del pensamiento
errante, dulce pereza;
mil veces feliz el hombre
que de ti goza en la tierra!

I

Es tanta la confusión
que oculto dentro del pecho,
que ya no sé mis pesares
distinguir de los ajenos.

Por eso cuando te pones
a contarme tus fatigas,
digo para mis adentros:
«¿pues no son esas las mías?»

II

Voy como si fuera preso:
detrás camina mi sombra,
delante mis pensamientos⁽²⁾.

III

Es una historia sencilla:
ella quería de veras,
y él de veras no quería.

IV

Mira si estoy ya cansado,
que por el día me acuesto
y de noche me levanto.

V

Para ver si se dormían,
encerré en mi corazón
de mis penas las mejores,
y mal la prueba salió.

Mal la prueba me salió,
porque al continuo latir
del corazón, no pudieron
mis pobres penas dormir.

VI

Desde la mañana⁽³⁾
hasta la alta noche,
¡siempre luchando el cuerpo ya viejo
con el alma aún joven!

VII

Pesar como el mío
yo no lo conozco:
entre las gentes no digo palabra,
y hablo si estoy solo.

VIII

Ya ha venido Mayo
con lluvias y vientos;
llega tan triste, porque mis pesares
le contó el invierno.

IX

No son siempre tan humildes
las violetas que ocultas
entre la maleza viven.

Ellas tienen su perfume,
y desde lejos te llaman,
por más que siempre se oculten.

X

¡Jesús, qué bonita eres!
si Dios te hizo, ¿cómo pudo
dejarte después de hacerte?

XI

Vida y muerte, tierra y cielo,
triste noche, alegre sol;
cuanto en el mundo contemplas
con alegría o dolor;

Todo, si me quieres bien,
me atrevo a dártelo yo...
pues de todo llevo un poco
dentro de mi corazón.

XII

En la casita de enfrente
y en la casita de al lado,
viven mi novia y mi madre,
mi perdición y mi amparo.

XIII

Mira que todos conocen
que no viéndonos de día,
nos hemos de ver de noche.

XIV

¡No me quieres dar un beso,
y me das el corazón
como si valiera menos!

XV

¡Qué a gusto sería
sombra de tu cuerpo!
todas las horas del día, de cerca
te iría siguiendo.

Y mientras la noche
reinara en silencio,
toda la noche tu sombra estaría,
pegada a tu cuerpo.

Y cuando la muerte
llegara a vencerlo,
sólo una sombra por siempre serían
tu sombra y tu cuerpo.

XVI

Si abres la ventana un poco,
entrará un rayo de luz
a ver lo que hacemos solos.

¡Cierra, por Dios, la ventana,
que en la oscuridad las horas
nos parecerán más largas!

XVII

¡Cuándo me veré, chiquita,
sin quehacer, para quererte
todas las horas del día!

XVIII

Vuelve esos ojitos
al cielo, morena;
quiero que el cielo, curioso de verlos,
a gusto los vea.

XIX

¡Con cuánto descaro
la luna nos mira;
por una nube daría ahora mismo
diez años de vida!

XX

Anoche soñando
decías bajito:
¡Cuánto me pesa tener que dejarte
al fin del camino!

XXI

¡Ay! Si se murieran todos...
¡qué a gusto nos quedaríamos
en el mundo tú y yo solos!

No sé si es amor o es odio;
¡pero no más por un día!
¡ay, si se murieran todos!

XXII

¡Contar los latidos
de mi corazón!
cuentas son esas que van a ponernos
tristes a los dos.

XXIII

Otro cantar, que yo quiero
ver cómo entornas los ojos
cuando te falta el aliento.

XXIV

Me llama holgazán tu madre;
¡como si el querer no fuera
una ocupación muy grande!

XXV

Si me robaste el sentido,
no hay razón para que vayas
diciendo que lo he perdido.

XXVI

Los cinco sentidos tengo
en ti puestos a la vez:
¡ay! ¡quién tuviera otros cinco
para ponerlos también!

XXVII

Es el mar tres veces
mayor que la tierra:
anda mareada, desde que lo sabe,
mi pobre morena.

XXVIII

Por más que lo veo,
yo no me acostumbro
a ver tan cerca, cada vez más cerca,
la pena del gusto.

XXIX

Yo no quiero que madrugues,
sino que al rayar el alba
abras tus ojos azules.

XXX

Con los ojos entornados
y los labios entreabiertos,
la vida me vas quitando.

Con los labios entreabiertos
y los ojos entornados,
la vida me vas volviendo.

XXXI

No me beses en la frente,
porque así no podré nunca
besarte cuando me beses.

XXXII

Los cantares que yo escribo

bien sabes tú, compañera,
que antes los hago contigo.

XXXIII

Sueño que de veras
los dos nos queremos:
sueño que nunca nos hemos querido;
¡este sí que es sueño!

XXXIV

El dulce sonido
de tu voz alegre,
cuando te callas, se aleja despacio
hasta que se pierde.

Si de tu guitarra
una cuerda hieres,
como una queja resuena en el aire
que lenta se pierde.

Pues donde esa queja
y tu voz se mueren,
allí he soñado que nuestros amores
irán a perderse.

XXXV

Muerto ya, en el otro mundo
yo te seguiré queriendo,
con tal que se le parezca
un poco tu alma a tu cuerpo.

XXXVI

Yo no puedo acostumbrarme
a ver mentir unos labios
hechos para las verdades.

XXXVII

Tengo que hacer en el mundo
una cosa sin ejemplo;
te tengo que dar mi alma
para completar tu cuerpo.

XXXVIII

Eres de tierra y no más;
pero mujer de una tierra
donde es inútil sembrar.

XXXIX

Basta ya, basta de juegos;
pues si es verdad que me matas,
lo es también que no me muero.

XL

¡Qué frío va a parecerme,
acostumbrado a tus besos,
¡ay, el beso de la muerte!

XLI

Mientras anoche me hablaste

de nuestro antiguo querer,
estuve tan distraído,
que lo que hablaste no sé.

En verdad que no lo sé,
aunque me atrevo a decir
que lo que hablaste es mentira
desde el principio hasta el fin.

XLII

Por tan poco, dices,
no debo asustarme;
¡Ay! compañera, las cosas pequeñas
componen las grandes.

XLIII

Así me gusta, Mercedes;
que cuando puedes no quieras,
y quieras cuando no puedes.

XLIV

Tanto me lloraste anoche,
que no sé lo que me pasa;
creo que se me han subido
a la cabeza tus lágrimas.

XLV

Toda la noche he soñado
que volvías a quererme,
y he pasado todo el día
viendo que los sueños mienten.

Y así dormido o despierto
lo mismo he visto cien veces,
hasta que al fin he soñado
la verdad: que no me quieres.

XLVI

Ojos negros, labios rojos,
dientes blancos... no me basta,
morena, con eso sólo.

XLVII

Ponte donde no te vea,
que, sin tenerlas al lado,
quiero pensar en mis penas.

XLVIII

Vas tan enferma y caída,
que todos al verte dicen
por lo bajo: ¡Pobrecilla!

XLIX

Por la calle arriba,
por la calle abajo,
¡cómo enseñabas anoche ese cuerpo
que yo guardé tanto!

L

¡Qué alegre está el campo,
el cielo qué alegre!
aunque haya penas, ¡qué alegres están
los que bien se quieren!

LI

Ya se va acercando
la muerte, la muerte...
de veras digo que sólo me pesa
dejar de quererte.

LII

Este profundo pesar,
sola tú que me lo diste
me lo podrías quitar.

Ya ves si te quiero bien:
hasta para lo imposible
te creo yo con poder.

LIII

Vengan a mí las fatigas:
más descansado en la muerte
cuanto más cansado en vida.

LIV

No te comprendo, chiquita;
sólo te acuerdas de Dios,
cuando de Dios necesitas.

LV

Las golondrinas ya vuelven,
y se irán y volverán...
¡Y tú la misma de siempre!

LVI

¡Qué quieres que yo te diga,
si al pensar en que eres de otro
recuerdo que has sido mía!

LVII

Basta de llorar, mujer;
que lo hecho, ni Dios mismo
lo puede ya deshacer.

LVIII

Es lástima grande
que seas de otro;
¡qué acompañados los dos estaríamos
ahora que estoy solo!

LIX

Tengo arrugas en la frente
de tanto pensar en ti,
porque hasta mi pensamiento
se vuelve ya contra mí.

LX

Quisiera a veces fingir,
porque se vence fingiendo;

y también quisiera a veces
no sentir como yo siento.

Y hasta quisiera tener
odio, y no amor en el pecho,
al ver que en odio egoísta
se paga el amor sincero...

Pero no temas, son humo
estos malos pensamientos;
y por más que a veces quiera
ser otro que soy, no puedo.

LXI

He averiguado, aunque tarde,
que yo mismo voy echando
leña al fuego de mis males.

LXII

Hasta mis ojos se acuerdan;
por eso, aunque estén cerrados,
te ven, causa de mis penas.

LXIII

Que me hayas querido
me causa tristeza;
pero me causa más grandes fatigas
que ya no me quieras.

LXIV

Cerca ya la muerte, quiero
figurarme que vendrás
sobre mi tumba olvidada
un día y otro a llorar.

Harto sé, pues te conozco,
que no has de venir jamás...
pero al morirme, yo quiero
figurarme que vendrás.

LXV

En la claridad vivía
en medio de tu querer;
a otro pusiste delante,
y en la sombra me quedé.

LXVI

«Siempre más, nunca bastante;
hay placer mientras hay vida.»
Esto pensaba yo antes.

«Nunca más, siempre ya menos;
ni hay vida ya ni placer.»
Esto pensaba yo luego.

LXVII

La flor que me diste en tiempo

de amorosa intimidad,
la arrojo al mar, y se pierde
entre las olas del mar.

Y este rizo que tu mano
cortó con amante afán,
lo arrojo al fuego, y el fuego
cenizas lo vuelve ya.

Y tus continuas promesas
de eterna fidelidad,
las doy al viento que pasa
y se las lleva fugaz.

Pero el recuerdo angustioso
¡ay! de tu engaño, por más
que se lo entrego a la tierra,
ella otra vez me lo da...

Viento y fuego y mar se duelen
compasivos de mi mal,
y solamente la tierra
de mí no tiene piedad.

LXVIII

El querer que yo te tuve
lo guardo en mi corazón,
porque entre cenizas siempre
se guarda el fuego mejor.

LXIX

Si era cariño o costumbre,
no lo sé; pero recuerdo
que por las mañanas siempre
decía: «hoy no te quiero.»

LXX

Por mí nunca temo
la muerte que llega:
yo marchó a gusto; pero ¡ay pobrecitos
de los que se quedan!

LXXI

Vendrás con las manos juntas,
mujer, pidiendo perdón,
y al mirarte tan humilde
te daré la absolución.

Y tú con la absolución
me engañarás otra vez;
y yo, olvidando tu engaño,
te perdonaré también.

Te perdonaré otra vez...

por supuesto, que al final
el perdón se irá acabando,
pero el engaño jamás.

LXXII

Yo no sé qué hacerme
con mi corazón,
cuando lo guardo se pierde lo mismo
que cuando lo doy.

LXXIII

No me puedo acostumbrar,
compañera de mi cuerpo,
a no quererte ya más.

LXXIV

Siempre que te veo
con tu novia hablar,
digo bajito: ¡ay! ¡yo la quería
mucho, mucho más!

LXXV

«Yo canto el cantar eterno,
el cantar del querer bien;
canto el cantar de la vida,
porque vivir es querer.»

Así en la noche que calla
para que se oigan mejor,
canta el ruiseñor sus quejas
con melancólica voz.

Su compañera le escucha,
y, en el nido, sin dormir,
los pequeñuelos aprenden
en el querer a vivir.

LXXVI

Las florecillas alegres,
¿por qué dices que no viven
cuando ves cómo se mueren?

LXXVII

No tengo nada completo:
tanto le sobra a mi alma
como le falta a mi cuerpo.

LXXVIII

Adiós, marineros,
buen viaje llevad;
aquí me quedo solita y con penas
grandes como el mar.

LXXIX

Unas sé de donde vienen,
pero otras no sé de dónde;
y éstas son de mis fatigas
las que voy sintiendo doble.

Es en verdad doloroso
verse, golpe sobre golpe,
herido por una mano
que entre las sombras se esconde.

LXXX

Mi madre, mi pobre madre,
me dijo más de una vez:
«No basta que no hagas mal;
es preciso que hagas bien.»

LXXXI

Más que de mis alegrías
soy avaro de mis penas,
porque éstas a todas horas
me hacen recordar aquéllas.

LXXXII

¡Silencio!... que duerme
mi madre la siesta:
la pobrecita no duerme de noche
para que yo duerma.

LXXXIII

El agua menuda
es la que hace barro,
que el agua recia no deja señales
por donde ha pasado.

Las penas pequeñas
son las que hacen daño;
porque las grandes, o matan al pronto,
o pasan de largo.

LXXXIV

Aún estoy en el principio
cuando ya pienso en el fin;
por eso te digo a veces
que es un tormento el vivir.

Es un tormento el vivir,
cuando el pobre cuerpo está,
al principio de la lucha,
rendido ya de luchar.

LXXXV

Entre tanta y tanta estrella
una solamente es mía,
una no más... ¡y no es buena!

LXXXVI

Mientras dura este vivir,
¿por qué tener más deseos
que los que se han de cumplir?

Pienso en esto sin cesar

al ver que siempre deseo
lo que nunca he de alcanzar.

LXXXVII

Por tan poco tiempo
yo no sé qué hacer,
si deje a un lado la puerta del mundo,
o llame otra vez.

LXXXVIII

No te doy mi vida
porque es poca cosa;
bastante tienes, si la llevas buena,
con la tuya propia.

LXXXIX

Estoy tan cansado
que no puedo más;
hasta el quererte, lo digo de veras,
pereza me da.

XC

Gracias a Dios que te veo
sonreír, libre de penas,
y, el corazón en la mano,
ofrecerlo a quien lo quiera.

Déjame decir al mundo
que aún hay ventura en la tierra:
ya que no tengo alegrías,
quiero cantar las ajenas.

XCI

Si no fue verdad, sería
un deseo tan ardiente,
que los besos y el abrazo
te los di, aunque tú lo niegues.

XCII

Yo me he gastado contigo,
para ver si me querías,
hasta lo que no he tenido.

XCIII

Vete por el río abajo,
y a la orillita del mar
me encontrarás esperando.

XCIV

Si corres tanto al principio,
llegarás antes de tiempo
al final de tu camino.

Ve despacio, muy despacio,
que el principio es lo mejor
y también lo menos largo.

XCV

¡Pensar y nunca sentir!...

eso en la vida es lo mismo
que principiar por el fin.

XCVI

De tu huertecillo hermoso,
las flores que más me gustan
son las que cogieron otros.

XCVII

¡Cómo he de sufrirte,
mujer, de continuo,
si muchas veces no puedo, aunque quiera,
sufrirme a mí mismo!

XCVIII

Cielo, estrellas, luna y sol,
yo os contaría mis penas
si tuvierais corazón.

XCIX

Mientras su cuerpo dormía,
su alma soñaba que el cuerpo
nunca más despertaría.

Hasta que llegó la muerte,
y el alma siguió soñando
y el cuerpo durmiendo siempre.

C

¡Oh! Para herirme de muerte,
es tan cruel como injusto
herirme en los corazones
donde yo puse mis gustos!

CI

Pienso, al caer de la tarde,
en las pobres compañeras
que otro tiempo fueron causa
de mis gustos y mis penas.

De mis gustos y mis penas,
que viven en mi memoria
como vive la semilla
en la tierra hasta que brota.

La semilla hasta que brota
sufre en silencio y trabaja,
lo mismo que los recuerdos
hasta que son esperanzas.

CII

Se alza sobre un campo verde
una amapola orgullosa:
crece el trigo, y nadie sabe
dónde estuvo la amapola.

CIII

Ponte a un lado de la gente,

que si te pones en medio
ni verás ni podrán verte.

CIV

Sí, los ojos hablan:
aún recuerdo yo
cómo, al morirme, tus ojos me dieron
el último adiós.

CV

PRIMER CANTADOR

Si por el mundo la encuentras,
dile que yo la perdono,
pero que no quiero verla.

SEGUNDO CANTADOR

Piénsalo bien, y recuerda
que el perdón es, por lo menos,
el olvido de la ofensa.

CVI

Después de haberse querido
no se volvieron a ver;
pero, al morirse, pensaron
él en ella y ella en él.

Y así hablaron en voz baja
los dos por última vez:
-Yo te quise y aún te quiero.
-Yo te quise y te querré.

CVII

Dormirás bien en la muerte,
corazón, porque en la vida
te siento despierto siempre.

CVIII

Triste es separarse,
y triste también,
cuando la ausencia es casi una vida,
el volverse a ver.

CIX

La Noche-buena del pobre:
oír la misa del gallo
que el rico mientras se come.

CX

CANTADOR

Después de la tempestad,
¡que calma tan perezosa
tienen las olas del mar!

CANTADORA

Si olvidara el corazón,
¡qué tranquilas esperanzas
soñaríamos tú y yo!

CXI

No es envidia ni rencor,

ni es odio lo que yo siento
al ver que nací luchando,
y que luchando me muero.

Es un sentimiento oculto,
mucho más hondo que aquellos;
es un conjunto de lástima
y de amor que yo me tengo.

CXII

Loco le llaman las gentes,
loco, porque a voces dice:
«Soy esclavo de mí mismo.
¡Gracias a Dios que soy libre!»

CXIII

Bastante castigo tiene
el que se quiere a sí propio,
con no saber lo que vale
el querer bien a los otros.

CXIV

Como la quería tanto,
se dejó el hierro en la herida
para morir más despacio.

CV

Si te persigue la suerte,
amigo, sufre en silencio;
y si la suerte no ceja,
resígnate... y serás bueno.

Te aconseja uno que vive
resignado hace ya tiempo...
¡es verdad que se resigna
porque no hay otro remedio!

CXVI

No te enorgullezcas tanto,
dice la hoja a la flor,
que de la misma semilla
hemos nacido las dos.

CXVII

Ya voy creyendo de veras,
conforme pasan los días,
que la muerte es por lo menos
el descanso de la vida.

CXVIII

Dijo la sombra a la luz:
de negra pena me muero
cuando no me miras tú.

CXIX

Érase un rey y una reina,
y érase un paje muy bello;
tuvo amor la reina al paje,

y el rey se murió de celos.

El cuento es viejo y sabido...
¡y en verdad que es mucho cuento,
que nunca han de amar las reinas
al rey, sino al paje bello!

CXX

¿Sabes dónde va a parar
la moda nueva de ayer
de subir tanto la saya
y bajar tanto el corsé?...

Eres muy niña y ya sabes
todo lo que hay que saber,
todo, menos una cosa:
guardar para la vejez.

CXXI

La mentira corre tanto
por alcanzar la verdad,
que en el impulso que lleva
siempre se la deja atrás.

CXXII

Es triste, pero es seguro
que de los pesares viejos,
ni uno siquiera se marcha
mientras no llega otro nuevo.

CXXIII

¿Alegrías?... No las quiero
de esas que a todos alegran:
yo quiero las alegrías
que antes y después dan penas.

CXXIV

CANTADORA

No puedo callar, no puedo;
mi corazón va a romperse
si no digo que te quiero.

CANTADOR

¡Por la salud de tu madre!...
eso se dice bajito,
para que no lo oiga nadie.

CXXV

Aquel y el otro y el otro,
míralos bien, son avaros,
egoístas o ambiciosos.

Es decir, hombres que piensan
sólo con el corazón,
y sienten con la cabeza.

CXXVI

«Se ha muerto... Dios le perdone...»

dicen todos; y yo añado
bajito: «¡Dios y los hombres!»

CXXVII

PRIMER CANTADOR

Le tengo miedo al querer,
porque he visto mucha gente
que se ha perdido por él.

SEGUNDO CANTADOR

Quita el querer, y verás
cómo solamente encuentras
odio en todo lo demás.

CXXVIII

Alta es del ciprés la copa,
pero también sus raíces,
aunque no se ven, son hondas.

CXXIX

Al ver en la lumbre
las cepas, me digo:
¿si de estas cepas que dan tan buen fuego
habré yo bebido?

CXXX

Un sabio dijo hace tiempo:
«El que se muere no da
lo suyo, sino lo ajeno.»

CXXXI

PRIMER CANTADOR

Son ¡ay! mis recuerdos sombra
de la luz de mi esperanza:
la sombra no muere nunca,
y la luz pronto se apaga.

SEGUNDO CANTADOR

Luz y sombra, todo es uno
si con el alma se miran,
y no son más los recuerdos
que esperanzas ya perdidas.

CXXXII

¡Ha de apagarse este fuego
que me alienta y me da vida,
y recuerdos y esperanzas,
y pesares y alegrías!

¡Y de un fuego tan ardiente
sólo quedarán cenizas,
sin un resplandor siquiera,
que dure tan sólo un día!...

¡Ay! ¡es muy triste, muy triste,
cuando una luz agoniza,
no saber dónde se pierde
su brilladora alegría!

CXXXIII

Oigo a veces entre sueños
que alguien me dice: «¡tú mueres
para que yo viva eterna!»

CXXXIV

Le dijo bajo al oído,
mientras sacaba el puñal:
«¡ya que me dejaste solo,
quiero que sea verdad!»

CXXXV

Yo tenía amigos:
todos se murieron...
¡ay! ¡cuánta falta me hacen ahora
que me estoy muriendo!

CXXXVI

¿La tierra?... No olvides
que tú de ella naces,
y de ella vives, y vuelves a ella
cuando muerto caes.

No mires al cielo
siempre en tus afanes;
¡mira a la tierra, que enseñarte puede
lo que aún no sabes!

CXXXVII

Quiero seguir los consejos
que me dais, gentes honradas,
y a este corazón rebelde
cortarle a tiempo las alas.

Vuestro soy hasta que muera...
pero, como última gracia,
dejadme otra vez querer,
otra vez no más, y basta.

CXXXVIII

Eso que estás esperando
día y noche, y nunca viene;
eso que siempre te falta
mientras vives, es la muerte.

CXXXIX

A medida que me acerco
a la muerte silenciosa,
duermo más, pero no sueño.

CXL

El amor que el egoísta
tiene a su propia persona,
es como el humo del fuego,
que no calienta y ahoga.

CXLI

De caminar ya rendido

me senté, al caer la tarde,
a la orilla del camino.

Era un camino penoso,
tanto, que yo no podía
seguir caminando solo.

Allí, triste y en silencio,
vi llegar la oscura noche
que despierta los recuerdos.

Larga noche, en que mi alma,
mientras el cuerpo dormía,
con sus recuerdos velaba...

Pasó la noche, y pasaron
otros días y otras noches,
porque el camino era largo.

Y caminé hasta que un día
durmióse el cuerpo... ¡y aún duerme
mientras el alma vigila!

Una inspiración alemana

A mi amigo Ramón Rodríguez Correa

Te dedico estas páginas extravagantes e incompletas, que parecen inspiradas por el vino agridulce del famoso Rhin.

¿Son un sueño real o una realidad soñada? Lo ignoro. Únicamente sé que debieron ser extraños y nebulosos versos alemanes, formando composiciones casi aisladas, de memoria aprendidas hace muchos años y hoy traducidas en pobre y pesada prosa española.

Desde la mañana

hasta la alta noche,
siempre luchando el cuerpo ya viejo,
con el alma aún joven.
(Canción de no sé quién.)

Época primera

I

En mi corazón vuelve a amanecer. En mi corazón se ocultan los últimos rayos de la luna pensativa, y se esconde el último brilla de las relucientes estrellas.

En mi corazón se acurrucan en tropel todos los ecos de las infinitas palabras que la noche, oscura y silenciosa, porque tiene recuerdos, medita con acento íntimo y profundo.

En mi corazón buscan seguro abrigo los suspiros, los punzantes duelos, los comprimidos sollozos, las penas solitarias y quejumbrosas que la noche ha despertado y que ahuyenta el nuevo día.

En mi corazón se precipitan todos los hijos de la noche: recuerdos y esperanzas, deseos y realidades, ensueños y desengaños, verdades y mentiras.

Mi pobre corazón se asusta al pronto; siente que lo oprimen, que lo conmueven, que lo agitan; pero es tan fuerte, que no quiere quejarse, y calla resignado al ver la claridad del nuevo día.

Sí; en mi corazón vuelve a amanecer. Los primeros rayos del sol doran la cumbre de las montañas. Los prados se iluminan, las colinas resplandecen, y los barrancos más profundos se despiertan perezosos.

El sol mira con sus mil ojos resplandecientes, desde la cumbre de la montaña, y al pronto nada ve, porque su intensa claridad es como el relámpago que deslumbra y todo lo ilumina, hasta la sombra más oculta.

Donde no hay sombra no hay verdadera luz. -Yo te saludo, ¡oh sol! Hacia ti levanto mis brazos, tanto tiempo caídos e inmóviles, y con profundo júbilo me paro a mirarte y exclamo, herido por tu deslumbrante esplendor:

¡Oh sol incomparable! ¡Oh sol siempre joven! Si fueras el sol del invierno te volvería la espalda; si fueras el sol del estío te despreciaría; si fueras el sol del otoño me burlaría de ti; pero ¡oh sol generoso y altivo!»

Tú eres el sol de la primavera, y como eres el sol de la primavera, caigo de rodillas ante tu luz bienhechora, y beso la tierra, y al besar la tierra, late mi corazón fuertemente.

Dentro del pecho late fuertemente, y despierta, y salta de júbilo, porque tus rayos primaverales llegan hasta él, y porque tus rayos primaverales despiertan en su fondo y llenan de radiantes reflejos.

Dulces imágenes casi heladas por el frío invierno, recuerdos tristes y alegres de primaveras ya olvidadas, deleites y pesares ya casi muertos de frío; porque tus rayos primaverales y ardientes, al dar nuevo vigor a la tierra, vieja y sombría al exterior, pero siempre joven y tranquila en el fondo, encienden, quién sabe si por última vez, mi aterido corazón, si no muerto, helado ya y moribundo.

II

Brotaron todas las flores. Se abrieron hasta las flores que se ocultan entre la maleza. El sol de la primavera brillaba radiante en el cielo. Mi corazón volvió a despertarse, y al sacudir su profundo sueño, ¿cómo expresar con palabras el anhelo dulce y a la vez pesadoso que lo agitó profundamente?

Deseos que nunca llegan a cumplirse, esperanzas que mueren casi al nacer con los recuerdos que las dieron vida; ansias de días mejores, sueños de goces reales; impulsos de algo indecible que, aunque no tiene nombre, vibra y se comprende; ecos de apagados deleites; anhelo incesante, ya de ocultos goces, ya de triste calma, ya de pesares casi apetecidos; inquietud siempre vencedora, delirio nunca vencido; fiebre que se alimenta de su propio fuego inextinguible; tranquila muerte que está acechando el último movimiento de la vida; sueño inquieto, pero largo, que dura días y noches; letargo frío, pero no yerto; silencio profundo con ecos muy lejanos; sombra que, adormecida, sueña con la luz que la engendra; olvido eterno, que al ser olvido es un recuerdo remoto de algo que debió ser.

Quietud después de la agitación; calma después de la tempestad; muerte después de la vida... ¡Ah! Yo no sé qué fuerza misteriosa y sin nombre sacudió con creciente violencia mi corazón dormido, y mi corazón se despertó; y al ver el crepúsculo de la mañana que huía presuroso, exclamó lleno de angustia y de placer: «¡Yo te saludo, nueva y deseada primavera.»

III

Y al aparecer el sol primaveral, palidieron las estrellas que tan tristes rayos vertían en mi corazón, y se escondió pronto la luna que tantas noches había alumbrado mis ensueños con indecisa y traidora claridad. En mi pecho penetró un torrente de luz radiante y deslumbradora, y mi corazón, ha poco rodeado de sombras espesas, se iluminó.

Se iluminó, y al verse un gran centro de luz, tuvo precisamente que mirar con sus brillantes ojos las sombras lejanas que su misma luz engendraba, porque se deslumbraba al contemplarse a sí propio, y en su propio esplendor nada conseguía ver distintamente: en medio de las encendidas llamas, la claridad sólo reina, es decir, la monotonía.

En una palabra; mi corazón, centro de luz, buscó a la sombra, la vio, la miró días y días, se acercó a ella y la dijo: «Yo soy la luz, pero la luz se aburre sin la sombra. Tú eres la sombra, y yo, a quien el sol primaveral ha despertado, yo soy la luz que a ratos se muere por la sombra.»

IV

Mi corazón, lo mismo que la primavera, tuvo amor. La luz se enamoró de la sombra. Mi corazón se enamoró, o, mejor dicho, yo me enamoré de la mujer más hermosa, pero más fría, entre todas las mujeres.

Cabellos castaños, que en realidad no son ni claros ni oscuros, ni forman un color definido; frente estrecha, preciosa, pero donde no cabe ningún pensamiento elevado;

ojos grandes, aunque sin fondo; nariz, ni larga ni corta; mejillas sonrosadas, nunca pálidas; labios cerrados, jamás entreabiertos; la garganta y la mitad del pecho siempre al aire.

Las manos, afiladas y frías; los pies, demasiado pequeños; el talle... no sé si semejante al ciprés o a la palmera, y el aspecto, es decir, todo el cuerpo como un espejo frío, pero brillante, que está siempre esperando quien se mire en él.

Mi corazón se enamoró, quiero decir, yo me enamoré de esta mujer bellísima a quien pudiera comparar con un lirio descolorido y avaro que bebe ansioso las lágrimas de la aurora, de la pobre aurora.

Que toda la noche ha pasado comprimiéndolas y esperando con angustia el nuevo día, para derramar el llanto de sus penas sobre las flores desagradecidas.

V

Yo te amo con todo mi corazón, ¡oh Julia tan amada como desdeñosa! ¡tú eres mi encanto, tú eres mi dicha, tú eres mi patria y mi ciencia, y mi vida y mi muerte!

¡Tú lo eres todo; y sin ti, yo no soy nada! Antes, debe hacer ya tan largo tiempo, he querido a otras mujeres; pero ahora no comprendo cómo he podido querer a otras que no fueran semejantes a ti.

¡Hoy se me figura mi antiguo amor tan frío y egoísta! ¡El que por ti siento ahora, me parece, y en efecto lo es, el único amor de mi vida, el primero y el último!

VI

Cuando en la silenciosa y larga noche quiero precipitar las horas que me separan de mi amada incomparable, se despierta en mi alma como una angustia indecible, como un presentimiento de pesares crueles que a lo lejos me esperan y me llaman con apagado acento.

Un mundo de esperanzas azules y risueñas como la brillante bóveda del cielo, se me aparece a lo lejos, pero tan lejos, que la inmensa distancia abate las alas de mis deseos que se preguntan antes de lanzarse al espacio: «Si no podemos llegar hasta allí, ¿qué será de nosotros al caer desde la altura?»

VII

La desconfianza engendra la pereza egoísta, y la pereza engendra el desamor. ¡Fuera las dudas insensatas y los temores inútiles!

¡Yo sé que tú me amas, Julia mía! Me lo han dicho tus ojos, me lo ha dicho tu frente pensativa, me lo ha dicho tu mano temblorosa y ardiente.

¡Sí, me amas! Tus labios callados, pero trémulos, me lo están diciendo. Sólo falta que tu corazón comprimido y tembloroso estalle, para que tus ojos y tu frente, y tu mano y tus labios, sean por siempre míos!

VIII

¡Ay! Las nubes, las espesas y envidiosas nubes, agolpándose en el cielo, han oscurecido la luz del sol. -¡Oh pobre sol! ¡cuán pesaroso estás detrás de las nubes, sin ver a tus queridas flores que aguardan anhelantes tus miradas!

¡Oh corazón insensato a quien, cual nube espesa, oculta este miserable y envejecido pecho; cómo surges silencioso en tu oscura cárcel aprisionado hasta que a muerte destruya la cárcel y el prisionero!

Dulces esperanzas que al realizarse se desvanecieron; sueño interrumpido antes que la luz hiriera los ojos; palabras pensadas en el silencio de la noche y desoídas al brillar el sol como inútiles y mentirosas; ¡yo os maldigo una y mil veces! ¡Ojalá nunca os hubiera abrigado al calor de mi alma; ojalá nunca te hubiera soñado; nunca os hubiera mecido dentro de mi pensamiento! ¡Todo fue mentira, todo, menos mi amor!

IX

A veces, cuando la ávida mano del hortelano codicioso va a coger la fruta sazónada, se oscurece súbitamente el cielo, silban los vientos desatados, y gruesas y pardas gotas caen pesadas desde la amenazadora altura.

Huye atemorizado el hortelano, y la fruta se desploma al suelo para ser festín de los hambrientos gusanos. Pasa la tormenta, vuelve la alegría, y el hortelano echa pestes y se tira de los pelos.

Yo iba a coger la apetecida y sonrosada manzana; iba ya a cogerla; ya la tenía casi entre los dedos, y vino la tormenta y me la arrebató. ¡De rabia golpeé la tierra con mi frente, maldije la manzana y la tormenta, y me maldije a mí mismo!

X

¿Por qué no se cansa y envejece el cuerpo? ¿Por qué ella sueña mientras él duerme; ella anda intranquila, mientras él descansa perezoso; ella habla mientras él calla; ella está rebosando vida cuando él comienza ya la terrible lucha con la muerte? ¡Insensato! ¿Quién responderá a mis preguntas? Los hombres nada saben, y yo solamente sé que por ser mi cuerpo viejo, por estar ya fatigado, no puedo seguir en su carrera a mi alma joven aún y llena de vigor y de energía. Yo solamente sé, y esto lo saben tanto mi alma como mi cuerpo, que, al encontrarla, he perdido para siempre a la mujer más encantadora de la tierra.

XI

Y mientras perdí el tiempo en pensar día y noche en mi amada sin igual, y mientras me alimenté con esperanzas halagüeñas, y con promesas dulcísimas, y con ensueños amorosos, y mientras la amé sólo con el alma, sin que el cuerpo perezoso y confiado aprovechara las horas que huyen precipitadas para nunca más volver; se acercó a mi amada sin igual un joven estudiante y la habló de amor real, que como es fuego se pasa

pronto; y me la arrebató por siempre, y la llamó su Julia, mientras yo fantaseaba y soñaba que la hermosa Julia era mía, ¡únicamente mía!

XII

¡Qué amargo es el dolor cuando la esperanza lo desprecia y lo abandona! ¡Es un rey absoluto, de corazón endurecido que hiere a sus vasallos con las mismas armas que sus vasallos le dieron. ¡Qué amargo es el dolor cuando la esperanza lo desprecia y lo abandona!

XIII

Traspassado el corazón por el agudo puñal de los celos, intranquilo en todas partes, loco y como huyendo de mí mismo, me fui no sé a dónde para olvidar a mi amada perdida, causa de mi dolor, y de mis celos, y de mi inquietud siempre despiertos.

Fui a ocultarme en los sombríos y apartados bosques; quise contar mi pena a los tristes árboles, a los arroyuelos alegres, y por ninguno fue oída mi pena, que siguió creciendo, creciendo más y más con el murmullo, monótono de las hojas y el ruido burlón de los arroyos.

Subí a lo alto de las montañas perezosas, y allí, gritando lastimosamente, conté mi profundo pesar a las nubes que se alejaban y a los barrancos que lo repetían, devolviéndolo sin calmarlo ni contestarme una sola palabra de consuelo.

Y me bajé a los campos. Y llegué a la orilla del Rhin, del Rhin serio y grave, pero siempre bondadoso con los tristes. Y le hablé de mis tormentos y le pedí el olvido y hasta la muerte. Y el Rhin tampoco me escuchó, siguió corriendo indiferente hacia el mar, y me dejó desesperado y solo con mi profunda pena.

XIV

Y cuando mi pena, cada vez más grande, iba a romper mi pobre corazón desesperado, no sé por qué mis ojos se fijaron en las aguas del río que al pasar murmuraban como burlándose de mi alma dolorida y de mi rostro angustioso.

Y miré las aguas largo tiempo. Y de pronto levanté, sin querer, los ojos, y a lo lejos vi, a la opuesta orilla del Rhin, una turba de alegres mozuelas con trajes de diferentes colores.

Unas estaban sentadas contemplando inmóviles el río; otras jugueteaban y corrían de aquí para allá; éstas cantaban amorosas canciones, aquéllas bailaban como en un día de fiesta.

Al mirar aquella alegría lejana; al escuchar aquellas voces frescas y sonoras, aquellos gritos agudos y a la par dulces, se me figuró que por un instante olvidaba mi pena, y en las sombrías tinieblas de mi corazón brilló como un relámpago súbito.

No sé lo que sentí. Era como si soñara despierto. -¿Se había apiadado el hermoso Rhin de mis pesares, haciendo salir de su fondo cristalino sus ninfas más juguetonas que sólo para mí bailaban y cantaban alegremente?

No sé lo que sentí. Nuevos deseos agitaron mi alma y mis recuerdos parecían fundirse en esperanzas nuevas. Con los ojos busqué alguna cosa a un lado y a otro, y a lo lejos vi amarrada a la orilla la barca de un pescador.

Corrí hacia ella y atravesé el río, el serio Rhin, siempre bondadoso con los tristes. Y me acerqué, no sin algún temor, a la turba de alegres muchachas que me recibieron amables y con muestras de júbilo.

Una sobre todo era encantadora. Alta, morena, de ojos negros y profundos, de trenzas oscuras y a la vez brillantes, de labios entreabiertos y nunca cerrados. Me acerqué a ella y ella se sonrió suavemente.

No la hablé ni de sueños, ni de promesas, ni de esperanzas. No la hablé más que de realidades. Y tuve buen cuidado de que mi pobre cuerpo no se quedara atrás cuando el alma intentaba correr inquieta.

Y a la caída de la tarde, con toda la galantería del más cumplido caballero, acompañé a la ninfa, morena y de ojos profundos, hasta la puerta de su casa, en la ciudad de Strasburgo, tan renombrada por su gótica catedral.



Época segunda

I

La ciudad de Strasburgo es renombrada por sus excelentes *patés de foie-gras* y también por *su* palacio *del* Obispo, por sus fuertes murallas y por su catedral gótica, cuya torre tiene 142 metros de altura hacia el cielo, y cuyo célebre reloj representa el movimiento del sistema planetario y de las constelaciones de ese mismo cielo que acecha de día y noche la torre puntiaguda.

Es además renombrada Strasburgo, porque sus habitantes y los que no lo son saben que Francia tiene puestos en la santa ciudad los cinco sentidos y a la par centenares de cañones, y que Alemania la mira sin pestañear con sus ojos azules y también con sus obuses, de mirada inmóvil y profunda como la noche sombría. El azul es el color de los celos.

Pero Strasburgo goza entre los alemanes de más alto renombre, porque al llegar la verde y deseada primavera, acuden a la ciudad bendita una turba de amables francesas que vienen sin duda a distraer los cuidados y pesares del invierno por las risueñas praderas del bondadoso Rhin, que a corta distancia agita sus aguas lentamente.

¡Oh Rhin, medio alemán, medio francés! ¡Tú devuelves la energía al cuerpo que los fríos del invierno monótono tenían adormecido, y a la vez despiertas en el corazón soñoliento cien ansias de goces esperados, esos deseos de bienes prometidos, esos impulsos de correr por alamedas y campos solitarios, en busca de alguno a quien poder contar cuán hermosa es la soledad acompañada!

Tus ondas murmurantes cantan a media voz mil y mil baladas amorosas en que de continuo aparecen gallardos caballeros vencidos por los encantos de tus ninfas, o blancas y misteriosas ninfas por los astutos caballeros vencidas; cantan murmurando la leyenda de Loreley, la bella ondina que, con sus trovas irresistibles, atraía a su oculta y húmeda morada a todos los que cruzaban tu corriente; siempre que fueran, aunque mortales, de noble aspecto, es decir, en lengua vulgar, siempre que fueran buenos mozos. Semejante a Calypso en su afamada isla, los sujetaba años y años entre las redes de su amor nunca saciado y los ahogaba en tus aguas, si conseguía con sus canciones engañosas atraerse nuevos convidados a sus festines jamás interrumpidos.

Los sauces y los tilos que dan sombra a tus márgenes y en tus ondas azuladas se miran, tiemblan de júbilo, y al temblar se quejan alegremente y pronuncian palabras misteriosas de amores deseados y cumplidos, de goces imposibles casi pero realizables, de ventura en sueños apetecida y en la vigilia disfrutada.

Los ecos de las verdes colinas que van siguiendo contentas tu majestuosa corriente, repiten suspiros y sollozos de amor correspondido, de promesas largo tiempo invencibles, y al fin vencidas, de mentiras irrealizables y hoy verdades consoladoras, de besos escondidos en el alma y ahora sonriéndose en los labios.

Tus ondas, tus sauces y tilos, tus colinas y tus ecos, todo me habla de amor real, del único amor posible y verdadero en la tierra. ¡Oh Rhin! sigue acariciándome con tus baladas encantadoras, con tus palabras de amores no fingidos, con tus ecos de besos ardientes devueltos tan pronto como enviados. Ahora más que nunca imploro tu clemencia.

Ahora más que nunca necesito tus favores para levantar sobre tu merecido trono a la hermosa ninfa que en tus márgenes tuve la dicha de encontrar aquel día feliz en que te apiadaste de mi profunda e insulsa pena; a la ninfa sin igual que al parecer salió de tu húmedo seno, pero que realmente habita la santa y renombrada ciudad de Strasburgo.

II

Ando loco y nunca estuve tan enamorado. Es muy bella, y más que bella encantadora. Tiene todos los defectos y todas las perfecciones; toda la osadía y toda la dulzura; toda la astucia y toda la inocencia.

Es hermosa, y es más que hermosa, porque ella sabe que lo es en verdad y, semejante al atrevido artista que modela el duro mármol, ella modela a su capricho, pero siempre con arte, su inagotable hermosura.

Habla, calla, ríe, llora, juega, suspira, piensa, y todo con amor tan singular y desconocido, tan espontáneo y verdadero, que es imposible encontrar sobre la tierra una

niña semejante a *mademoiselle* Celina, recién venida de París a Strasburgo, donde quiere pasar la primavera cerca del Rhin.

III

Mi alma y mi cuerpo están alegres. No recuerdo lo pasado, ni pienso en lo por venir. ¡Ay, no! yo no quiero ni recordar ni esperar. El ayer y el mañana, ¿qué me importan! ¡Quiero vivir hoy, y hoy vivo más todavía; hoy amo, y soy verdaderamente amado!

IV

Mi encantadora Celina tiene cosas de ángel y cosas de demonio. A veces, cuando por la orilla del Rhin paseamos, se para de pronto, me coge las manos, me mira fijamente, me da un beso inevitable, echa a correr, y se sienta bajo los tilos, que se estremecen callados.

Con el pañuelo me hace señas hasta que me tiene a su lado. Apoya la cabeza sobre mi hombro, permanece unos momentos muda y pensativa, arrancando pobres florecillas de entre la hierba, suspira, y luego, con acento alegre y sonoro, me dice:

-¿Verdad que los alemanes son medio tontos? Siempre piensan y nunca hablan. -¿A qué pensar, si no se ha de decir lo que se piensa?- Cuéntame algo de Alemania. Yo sé que allí hay castillos encantados y ruinas habitadas por espíritus benévolos, y oscuras cavernas donde se ocultan gigantes rencorosos y vengativos.

Yo sé que allí, a la media noche, los enamorados se levantan de la tumba silenciosa, y vuelven a amarse con amor vital y ardoroso, como el fuego entre las cenizas escondido; yo sé que en los ríos hay amantes ondinas, en los bosques elfos desengañados, en las montañas gnomos opulentos y generosos.

Yo sé que los silfos que por el aire vagan, y las willis, esas bacantes desterradas de París que inventaran el can-can, velan toda la noche acechando a los mortales para arrastrarlos a su morada oculta, donde los aturden con sus danzas voluptuosas e irresistibles.

Yo sé otra porción de historias que he leído en París en mis días de fastidio, y que de veras he olvidado, porque tan sólo me acuerdo de ti. Cuéntame algo de Alemania, y por cada cuento que sea de mi gusto, prometo darte... un beso es poco... un abrazo es menos... yo te prometo un beso y un abrazo.

V

Una hermosa niña, tan joven como hermosa, entró en la cervecería próxima a la Universidad de Heidelberg. Lleno de gente el salón, lleno de humo y de bullicio, nadie reparó en la hermosa niña.

¡Y en verdad que era hermosa! Parecía su rostro el de una de esas antiguas esfinges que van a revelar un enigma incomprensible. La niña entró, y mirando tímidamente en torno suyo, se adelantó por entre las mesas del salón.

No recuerdo qué canto sonoro brotó de sus labios trémulos; no recuerdo qué extraña melodía resonó, sin imponer silencio, en aquel recinto bullicioso; únicamente sé que algunos, muy pocos, se callaron, y que la pobre niña entonó una canción vieja al parecer y en el fondo siempre nueva.

¡Ay de mí, que olvidé la canción triste y alegre, pero que tiene ecos de tristeza nunca apagados, la canción que hablaba de amor, de celos, de goces, de tormentos, de ensueños en la vigilia soñados! ¡Ay de mí, que sólo recuerdo confusamente tan misteriosas palabras, misteriosas porque en la memoria quedan interrumpidas, y una melodía tan conocida y siempre nueva, que resonaba como el lejano recuerdo que antes de acabarse muere en el corazón!

¡Ay de mí! La hermosa niña cantaba... yo no sé lo que cantaba... cantaba, ahora lo voy recordando, que el amor principia en la muerte y se aumenta en la eternidad, donde el amor es ambición, y gloria, y virtud y eterno deleite; que tiene a todos los pesares por esclavos sumisos y por humildes servidores. Cantaba que no hay dicha real en la tierra, porque la dicha es un sueño que dura tanto como la vida, del cual nos despierta en silencio la muerte, voluble pero prudente.

Cantaba que la verdad de ayer es hoy mentira, que la verdad de hoy será mentira mañana, y que los pesares y los tormentos son únicamente el principio de la felicidad suprema.

Cantaba la niña con voz juvenil y sonora, aunque no vibrante. Y la hermosa niña, en verdad puesto que tales cosas cantaba, concluyó su canción, y a través de la gente se adelantó pidiendo muy quedo una limosna o una recompensa.

Y llegó a una mesa y tendió la mano a un extranjero que la miraba fijamente. Ella, sin conocerlo, se estremeció, cerrando casi los ojos. Él, ofreciéndole una limosna, la habló con un lenguaje extraño que ella no parecía comprender:

-Yo te amo, porque estás sola y eres humilde. Yo te amo, hace ya mucho tiempo, porque, obligada a cantar entre los hombres el amor, entornas al cantar los ojos, para oscurecer su brillo ardoroso, y cierras de vez en cuando los labios para ahogar el fuego de tus palabras.

»Yo te amo a ti, libre y a la vez esclava de ti misma, porque ninguna he visto, y visto a muchas, que te supere en humildad, en temor, en silencio que, a pesar tuyo, interrumpes con tus cantares enamorados.

»Todo el amor espontáneo que puse en otras, quiero ahora ponerlo en ti. He nacido muy lejos de Alemania, lejos de Francia; más allá de los Pirineos; en una aldea desconocida de los alemanes y casi de los españoles.

»Yo te amo con todo mi corazón, y si no te vienes conmigo, me moriré de dolor lejos de mi patria. -La pobre niña, rechazando la mano que en su mano quería depositar la rica limosna, respondió suavemente, en medio de la multitud:

-En verdad que no comprendo todas vuestras palabras; pero el sentido de algunas de ellas lo comprendo, porque estoy enamorada. Yo amo, aunque no sé lo que amo. Yo deseo y no sé lo que deseo. ¿A qué burlaros de mi deseo y de mi amor?...

-¿Se sabe algo más de la humilde cantadora y del extranjero desconocido? Muy poco se sabe. Ella abandonó su patria; y, como una flor trasplantada, se fue marchitando lentamente.

Él, que era acaso sin saberlo el espíritu del mal, la abandonó en la tierra extraña. Ella, pobre y solitaria siguió cantando en lejanas tierras, hasta que la muerte cerró por piedad sus labios. Y al morir cantaba:

«Yo amo, y ya sé lo que amo. Yo deseo algo y ya sé lo que deseo. Yo busco lo que al fin he de encontrar. Mi corazón sufre, pero suavemente y sin latir. Mi voz se apaga. ¡Yo me muero enamorada de la muerte!»

VI -

En un oscuro bosque de Sajonia vivía solitario un caballero, viejo por fuera y por dentro joven, que, hallando en el mundo solamente mentiras, se retiró a aquellos lugares desiertos, donde había soñado que estaba escondida la verdad.

Una tarde apacible de primavera, oyó entre unos matorrales como suspiros y sollozos comprimidos. Con la espada separó el apretado ramaje y vio atónito... ¿qué diréis que vio?... Una corza blanca, mortalmente herida, que, entornando los ojos dolorosamente, le habló de esta manera:

«Yo soy la verdad que vivo con mil formas distintas. Ayer me transformé en corza para solazarme en los bosques, sin testigos fastidiosos, y unos cazadores me hirieron de muerte. Acaba de matarme, porque la herida no me deja respirar.»

Y el caballero, así lo aseguran los sabios, encontró a la verdad en medio de los bosques sombríos; pero la encontró moribunda, y de lástima le atravesó el corazón con su espada para matarla de una vez...

VII

Cayeron de los árboles todas las flores; cayeron todas las frutas; cayeron todas las hojas. El otoño sombrío llegó a recogerlas codicioso. Y sólo un árbol, un almendro que, en la corriente de un arroyuelo, se miraba día y noche, no perdió sus flores, ni sus frutas, ni sus hojas, siempre blancas y verdes como en la alegre primavera. ¿Estaba aquel árbol encantado? ¿Era el árbol de la pereza que no quería despojarse, por ser un trabajo inútil, de sus flores, de su fruta y de sus hojas?

¿Para vestirse de nuevo en la próxima primavera? ¿Qué misterio encerraba aquel árbol siempre florido y siempre verde? Nadie lo ha sabido. Solamente se dice que a su sombra venían a sentarse, en tiempos lejanos, los enamorados que allí se citaban para jurarse amor eterno y para engañarse en cuanto del árbol misterioso se apartaban.

VIII

Todavía recuerdo que no debieron agradar a mi Celina unos cuentos inoportunos que, a orilla del Rhin, bajo los tilos, le conté una tarde de primavera, puesto que ni un solo beso, ni un abrazo siquiera me dio al terminar mis pobres leyendas alemanas. ¿Por qué dos que se quieren bien han de tener pensamientos diferentes que principian por reconciliar sus cabezas y acaban por enemistar sus corazones?

IX

¡Ah! El amor correspondido que desprecia y olvida las exigencias del mundo, y en sí propio se encierra, y vive para sí propio, sin recordar que la vida tiene un término, ha sido, es y será siempre la única felicidad verdadera, el solo bien realizado. Todo es ilusión, todo es humo, todo es aire vano, menos la realidad del amor. ¡Hay también otra verdad, y es que la muerte, al apagar el fuego de dos corazones mutuamente enamorados, recoge solamente las cenizas y se queda burlada, porque de una llama tan viva y ardiente, la sombra y nada más le pertenece, la sombra muda y fría!

X

El placer es una semilla nunca averiada. Esconde en la tierra un grano de trigo y verás cómo, por medio de un trabajo misterioso y espontáneo, nace un tallo que crece altivo, de una espiga con cien granos que caen sobre la tierra para abrigarse en ella, y para comenzar, concluir el mismo trabajo a la vez, angustioso y placentero, pero siempre inevitable.

Siembra el placer sin ostentación y con cierto abandono: brotarán y crecerán nuevos placeres que, parecidos al primero, aunque no iguales, se irán multiplicando, y te darán una cosecha nunca enojosa y de continuo apetecida. Escoge la parte que hoy sea de tu gusto sin ningún temor, ya que mañana tendrás otra cosecha más rica.

Sembrar y recoger y volver a sembrar, he aquí la vida. Sólo es feliz quien así la comprende y la practica sin afán, sin temor y sin duda. Celina me vuelve loco, o, más bien, me vuelve cuerdo de amor; ella es la tierra donde, sin pena, recojo la alegría, el bienestar, y, sobre todo, el amor que sembré en su corazón generoso.

XI

Estréchame contra tu corazón para que los latidos de mi corazón y el tuyo se confundan y no puedan ser contados.

Besa mis ardientes labios con tus labios temblorosos; bebe mi aliento, que es el aliento tuyo que en un beso lento y callado he bebido.

Pero, sobre todo, besa mi frente y acalla con tus besos el ruido enojoso que dentro de mi frente resuena, y la desvela y sin cesar la agita.

Abrázame fuertemente. Sin hablar dime que me amas. Dame la vida, esa vida que parece una muerte animada en que durmiendo se vive; muerte tranquila que en un minuto de supremo deleite encierra un bienestar dulcemente angustioso, digno sólo de los dioses.

XII

Huyó la primavera. El estío llega a su término. Los días son breves, las noches largas. El peso de la escarcha despierta a deshora las plantas, los árboles y las pobres montañas, que velan todo el día luchando con esa angustia sin nombre engendrada por la vigilia forzosa y combatida inútilmente. La naturaleza, al acercarse el otoño, duerme intranquila, y extraña las horas que de pronto se han trocado, de brillantes y bulliciosas, en mudas y sombrías. La naturaleza vela durante el día y vela también soñolienta durante la noche. No puede conciliar el sueño que le arrebató el estío, tibio y ardiente, próximo ya al término de su jornada, al otoño, a quien entrega sus placeres para que los guarde sin disfrutar de ellos. Primavera, estío, otoño, invierno, cuatro amigos que jamás se engañan; que se dan hace largo tiempo una palabra, y muy pocas veces dejan de cumplirla.

Ya se acerca el otoño: siempre ha sido silencioso, siempre apocado, siempre humilde. Ha heredado las virtudes y los vicios del estío, pero los ha heredado, comprometiéndose a no disminuirlos en un adarme. El otoño es, por lo tanto, pensador y caviloso; es esclavo de una promesa. Se calla, pero de continuo piensa; cierra los ojos para ver mejor lo pasado y lo futuro. Y padece y medita.

Se aleja el estío y desaparece. Yo, que palpito como la naturaleza, siento que la primavera está lejos, que el estío se despide, que el otoño reina en mi corazón.

Soy como la hoja que piensa antes de brotar, que brota al fin, que se estremece de júbilo ante la realidad de lo que ha pensado, y que en breve se marchita, se seca, y se pierde sin saber ella misma dónde se pierde.

Soy como la onda que sigue involuntaria o gustosa la corriente del caudaloso río. Sonora e inquieta corre hacia el mar, y en el mar se precipita con recuerdos y quizá con esperanzas.

Soy como el fuego largas noches oculto que brota de repente, y en llamas inmensas inunda las sombras, y las vence, y las ahuyenta, y muere al llegar el día, cuya intensidad no puede combatir...

Primavera, estío, hojas, ondas, aire, fuego, tiemblan y se agitan con temor cuando ven acercarse la última hora. Yo también me consumo, me marchito, me muero, porque soy, como ellos, esclavo de un poder oculto e incansable.

Recuerdo como en sueños lo pasado; no quiero pensar en lo por venir; y el presente, a pesar mío, no me basta y me hastía. Y es que en la vida el ayer, el hoy y el mañana van siempre unidos; ¡tan rápida y fuerte es su carrera!

Después de tanto sosiego, de tanto placer, de tanta realidad, me siento arrastrado de nuevo en mi camino fatal. ¿Quién dispone así de mis horas?... ¿Seré yo propio mi único enemigo?

XIII

No acierto a comprender cómo el hastío más profundo tiene atemorizados mi alma y mi cuerpo. Es más que hastío; es un desasosiego sin término esperado; un impulso continuo hacia algo sin forma y sin nombre; una nostalgia por una patria desconocida.

Es como un conjunto de odio y de lástima que me tengo a mí mismo. Estoy rendido y no puedo descansar. ¡Oh Celina! Tú eras mi sueño, del cual he despertado porque no podía seguir durmiendo tantos días y tantas noches.

Velo, sufro, cavilo, batallo sin cesar, y aunque nada ansío, lo que poseo me entristece y desespera. ¿A dónde van las nubes que pasan presurosas? ¿A dónde van los vientos que huyen asustados? ¿A dónde va la estrella brilladora que cae y de pronto se apaga?

Ninguno lo sabe. ¿A dónde voy yo mismo que en tus brazos he descansado tranquilamente, y que de tus brazos me siento arrancado por una fuerza irresistible e inesperada? ¡Pobre Celina! Yo te he amado con el cuerpo y con el alma.

Que ahora están cobardemente cansados de amarte. Me asusto, me aborrezco a mí mismo, pero tu amor es peor que la muerte. El cuerpo no puede ni quiere soportar unas cadenas que lo oprimen y lo aniquilan poco a poco; y el alma, esclava por tu culpa del cuerpo, no quiere, ni podría si quisiera, pagar un tributo tan largo y odioso. El calor se trocó en frío, el rocío en escarcha, la brisa en cierzo, flores y frutos en brotes insensibles y ateridos, mi amor en odio.

XIV

¿A qué ocultarlo? Lo que ayer era deleite, quietud silenciosa, placer infinito, es hoy martirio, tormento sin nombre, desasosiego invencible. Quiero fingir que gozo y vivo, cuando padezco y muero lentamente.

Se me figura que estoy preso y encadenado en una prisión oscura. Anhelo mi libertad y no me atrevo a pedirla, porque mi carcelero, desconfiado, aumentaría mis cadenas y su vigilancia.

Quiero huir de ti, Celina, y no puedo. Quiero abandonarte, y me parece que seré yo el abandonado. Voy a proseguir mi camino, y no puedo: me paro, miro hacia atrás y te veo tan alegre, tan confiada, tan segura de mi cariño.

Sí, yo te amo; pero con un amor singular y nunca sentido hasta ahora, pero no deseo tenerte a mi lado. Cerca te odio; yo quiero amarte desde lejos, desde muy lejos. Te amo y te odio. Compasión y a la vez egoísmo.

XV

El alma, que se detuvo compasiva en su carrera para que el cuerpo, torpe y perezoso, pudiera seguirla, lo empuja de nuevo con violencia irresistible. Quiere seguir adelante, siempre adelante, y sabe muy bien que más vale descansar al fin de la jornada y no pararse a la caída de la tarde, cuando las sombras oscurecen ya el camino, áspero y penoso al acercarse a su término.

Contra lo invencible es inútil luchar. Lo que ha de suceder, sucede forzosamente. ¡Insensato quien no lo precave a tiempo y se duerme sin preguntarse qué le espera al despertar! ¡Es tan breve el sueño!...

Yo te abandono, Celina mía: es preciso, es inevitable. Yo te abandono, y no me atrevo siquiera a darte el último abrazo; el último, porque el de ayer no debía ser el último. ¡Te abandono, yo que también he sido abandonado! ¡Adiós, Celina!... Al separarme de ti, me consuela la certidumbre de que a tu lado se aumentarían mis sufrimientos y la esperanza de encontrar en mi patria la calma apetecida. ¡Ya estoy libre! ¡Adiós para siempre, pobre Celina!... ¿Seré yo propio mi único enemigo?



Época tercera

I

Pasó el otoño...

¡Qué alegre es el invierno cuando los fríos y las nieves nos advierten que la primavera nos aguarda con impaciencia! pero, ¡cuán triste y desconsolador cuando nos recuerdan que la primavera pasada huyó para nunca más volver!

Silban los vientos caprichosos, caen la lluvia y la nieve con monótono y pesado son, aparece el sol perezoso y adormecido, se asoma la luna solitaria y temerosa; las estrellas están ocultas, y los vapores del suelo, en niebla convertidos y más tarde en espesas nubes, se atreven con el sol y con la luna y con las estrellas, y oscurecen su claridad aterida. La naturaleza tiene frío, es decir, pesadumbre angustiosa e incesante. Tiene sueño, y no puede dormir; está rendida, y no puede descansar.

Tristes están el cielo, las montañas, los campos y los bosques. Todo es fría tristeza y tedio insoportable. El cuerpo, de mísera tierra formado, se estremece de angustia y de frío, y en vano busca el perdido calor.

Ni siquiera sirve para abrigar el alma que entorpecen los helados vientos del Norte. Cielo, montañas, campos y bosques me causan horror y son ahora mis enemigos más crueles. La naturaleza me asusta. Yo la odio.

Quiero huir de ella y abandonarla a su propia miseria. ¡Lejos, lejos de aquí!... Aún tengo una patria donde la risueña ciudad de Leipzig espera al hijo prófugo y desagradecido. Allí me esperan también mi hermana y mis amigos tanto tiempo olvidados.

Allí está el término de mi peregrinación, allí está el hogar que ha de fortalecer mi cuerpo cansado y enfermo; allí el lecho que ha de ofrecerle reposo nunca interrumpido; allí me aguardan el olvido y el bienestar... ¡Fuera de aquí!... ¡Oh ciudad querida, acógeme sin rencor y con indulgencia!

II

¡Cuán dulces son los besos de una hermana que a la vuelta de una larga peregrinación, te espera impaciente, y al besarte llora de alegría!

¡Cómo se dilata el corazón al estrechar la mano de un amigo que, durante largos meses no se ha acordado quizá ni una sola vez de tu amistad sincera!

¡Cuánta alegría al ver la ciudad, la calle, la casa donde naciste y donde yacen encerrados los recuerdos de la niñez por siempre ida!

¡Qué a gusto, después de un viaje largo e intranquilo, se duerme en el lecho donde tantas noches se ha dormido y soñado!

¡Con qué placer el recién llegado cavila, se duerme y sueña; y cuán deleitosamente, al despertar, contempla los objetos que le rodean!...

¡Y qué lástima que estos goces sencillos no basten y sean duraderos, trocándose a lo mejor en fastidio insufrible y monótono!

III

No; los alemanes no son tontos, como los franceses dicen envidiosos. Los alemanes son astutos, son cuerdos, y, sobre todo prudentes, aunque ni astucia ni prudencia revelan su aspecto frío y pesado, sus maneras tímidas y torpes y sus costumbres al parecer monótonas, pero en el fondo sanas y *confortables*. Saben vivir bien, que es lo principal en la vida. El filósofo que día y noche cavila; el poeta que sin cesar fantasea; el militar que sueña con los franceses; el estudiante que respeta al profesor y el profesor que estima al estudiante; el noble que politiquea; el comerciante que ambiciona y hasta el obrero que en verdad trabaja; todos viven en su esfera bien y cómodamente; todos duermen en buena cama, comen buena carne, buenas patatas y buen queso; beben buena cerveza; fuman buen tabaco; oyen buena música y gozan a hurtadillas pequeñeces necesarias en la vida, que me parece oportuno callar, no sea que algún extranjero venga a robarme mi parte exigua, pero preciosa.

En una palabra, el rico vive muy bien, el pobre no vive del todo mal respecto de los ricos y de los pobres de otras naciones, en que la práctica de la vida está por demás descuidada.

Largas excursiones en cómodos trineos arrastrados velozmente por cuatro caballos que agujonea el frío y que avivan los sonoros cascabeles; lentas horas contemplando a los jóvenes y a las rubias niñas que, sobre delgados y brillantes patines, pasan rápidos y me saludan, haciéndome señas de amistad o de inocente burla; una mañana o una tarde escuchando la lectura de un libro en el silencio meditado, o las palabras de algún profesor jamás satisfecho de su ciencia; lejanos paseos por entre los árboles callados y pensativos que a la meditación convidan; idas y venidas por las calles, donde medio ocultas detrás de los dobles cristales, se me aparecen rostros conocidos y ya casi olvidados; conversaciones íntimas con las amigas y los amigos de mi juventud; he aquí mis días alemanes.

Cortos pero alegres momentos en que a solas hablo con mi buena hermana... de nada o de mucho... forman el crepúsculo de la tarde; calurosas discusiones en la concurrida cervecería, donde los estudiantes, orgullosos con sus gorritas y sus bandas, cuyos colores indican a cuál corporación de la Universidad pertenecen, beben, disputan y cantan y vuelven a beber; una hora en el teatro para recordar tal o cual escena del *Fausto*, del *Wallenstein* o del *Guillermo Tell*, o para no olvidar por completo el *Don Juan* o el *Fidelio* un alto en un concierto, donde Beethoven, Haydn y Mendelshon viven siempre con esa vida que no tiene muerte; una cita yo no sé dónde, a la que acude o no acude, no me atrevo a decir quién; una cena que principia por mariscos y vino del Rhin, y concluye por un enternecimiento general y por un amor ampliamente humanitario que se desborda como las últimas botellas de Champagne; un espacio de tiempo, ora breve, ora largo, leyendo un poeta, un novelista, un filósofo, o escribiendo lo que nunca ha de ser leído; un sueño corto y algo inquieto; he aquí mis noches alemanas...

-¿Cuál es mi destino? ¿Durarán estos días y estas noches, sin que vengan a interrumpirlas los recuerdos que rechazo con indignación, ni las esperanzas que con energía desprecio? No lo sé. ¡Yo anhele únicamente la quietud, el olvido profundo!

IV

Quiero alejar por siempre todos los recuerdos, todas las esperanzas y todas las realidades aparentes que son en el fondo ficticias e ilusorias.

Quiero vivir la vida verdadera, la única posible, la vida indiferente, irreflexiva, que así desprecia los placeres materiales, aunque a veces goce de ellos despreciándolos, como los ensueños y las fantasías, semejantes al humo que se amontona por ocultar la claridad, y todo ¿para qué? Para formar una sombra pasajera o un malestar momentáneo.

Quiero vivir en cuerpo y en alma, viéndolo todo sin mirarlo apenas. Es más, y no me avergüenzo de decirlo, pues así lo siento, quiero vivir llevando la burla en el corazón, ya que no me atreva a llevarla en los labios.

Alemania, esclava en la forma y en el fondo libre, vive *confortablemente*; pero esa vida, al principio halagüeña, me repugna y me molesta, porque en realidad es monótona y vulgar. No puedo vivir con los otros y he de vivir conmigo mismo.

Sí, odio al mundo y la mejor manera de odiarlo es burlarme de él. ¿Será egoísmo? no me importa. ¿Será impotencia? mentira. ¿Será orgullo? nunca. Quizá sea un sentimiento nuevo que viene a completar mi vida. Nada me importa de nada.

Soy realmente soberano de mi corazón. Las alegrías, como los pesares, dan a veces esa soberanía. Soy egoísta, soy filósofo, es decir, pueblo y tirano, que arreglo las cosas a mi gusto y a mi gusto las acomodo.

Tiempo es ya de vivir en paz, si en paz ha de morir. Desprecio todo lo que no me pertenece. ¿No estoy rendido y anhele descansar? ¡A vivir, pues, o, mejor dicho, a no morir tan pronto!

V

Ahora recuerdo una antigua canción. ¡Qué estúpidas son las canciones populares, sobre todo las antiguas... y casi todas las modernas!

«Un rosal se empeñó en no echar rosas; una estrella se empeñó en no dar brillo: una aldeana se empeñó en no amar a ninguno.

»Y las rosas, la nocturna claridad y el amor brotaron aquella primavera con más empeño que nunca».

El pueblo canta esta canción antigua. Muchos la escuchan, pero ninguno la comprende. Sólo el viento silba, como para acompañar la canción del pueblo.

VI

Durante mi larga peregrinación, mientras yo combatía, unas veces vencedor otras vencido, han ocurrido cambios que he ignorado al pronto y que he descubierto al fin, porque el mal no puede estar oculto largo tiempo.

Un amigo, el único verdadero, que me fingía ausente, amigo de la infancia, a quien quería con esa amistad profunda que llama Byron *amor sin alas*, ha muerto en mi ausencia. De su muerte me refieren pormenores tristes y pesados.

Enfermo, y en el lecho postrado, preguntaba a menudo por mí y maldecía mi ausencia larga y silenciosa. A veces decía que su mejor amigo en la vida era el peor en la muerte. Ya en la agonía terrible me llamaba, me llamaba sin cesar, como si quisiera confiarme un secreto o que yo se lo revelara...

Es una angustia profunda y nueva para mí. Es un pesar que día y noche me atormenta. La amistad, la confianza, el desinterés han muerto sin que yo los viera morir, ni pudiera, por culpa mía, darles el último adiós y la primera lágrima para calmar la agitación de la hora suprema.

Es una angustia desconocida hasta ahora; no esa angustia que brota de una muerte temida o posible, sino la que engendra una muerte increíble, inesperada que, al matar, amenaza a los que se quedan con palabras sordas cuyo eco difícilmente se apaga...

Mientras yo vagaba errante huyó la amistad, pero se acercó el amor. Mi buena hermana está enamorada. Un joven me pide su mano, y ella me pide su libertad, que era mía, para dársela a un desconocido... acaso más digna de ella que yo, que en tan poco la he apreciado.

¡Muerto el único amigo!... ¡Para siempre perdido el corazón generoso y tierno donde podía yo encontrar alivio, si alguna vez se despertaban mis dolores! ¡Adiós, amistad; adiós, fraternal cariño!... ¿Me tiene la suerte envidia, ya que sin compasión me persigue, y con mano cobarde, entre las sombras oculta, me hiere y sin cesar me martiriza?... Si el mal existe y no lo crea la fantasía loca, ¿soy yo el escogido para sus pruebas y el esclavo de sus tiranías?... ¡Adiós, amistad! ¡Adiós, cariño fraternal, para siempre perdidos!

VII

La calma tanto tiempo apetecida, el olvido siempre buscado, la indiferencia casi hallada, la ironía y el desprecio a tanta costa adquiridos, en un instante huyeron cobardemente.

Rendido por el dolor está mi cuerpo, aunque el alma es en el dolor incansable. Vuelve a agitarse, vuelve a combatir, como si fueran la agitación y la lucha su centro fatal.

La soledad merodea, la soledad sombría y llena de ruidos extraños y ofensivos que aturden día y noche mi cerebro.

Amargo es el dolor cuando ataca frente a frente; pero cuando hiere, golpe sobre golpe, oculto entre las sombras, es más terrible que la muerte lenta y vengativa.

VIII

Vuelve otra vez el antiguo tormento, la lucha involuntaria y forzosa en que fatalmente soy amigo y enemigo. ¿Podrá el espíritu solo conseguir la victoria, cuando la vil materia está vencida y encadenada? ¡Sangre y fuego, ya que fuego y sangre son precisos!

Vuelven los recuerdos a atormentarme cruelmente. El ayer es más fuerte que el hoy, que en su tormento llama al ayer. Vuelven los recuerdos a atormentarme con tanta violencia estrepitosa, que la esperanza, sacudida y asustada, despierta, huye lejos y muere de miseria y de abandono. El ayer es más fuerte que el hoy y que el mañana.

¡Oh Julia, que me abandonaste! ¿Dónde estás? ¿Dónde yace tu hermosura, muerta para mí? ¿Dónde yacen los encantos para mí creados y por mí sorprendidos? ¿Dónde yace tu alma, que yo hubiera elevado a las regiones supremas, y en la que hubiera encendido la llama que aun después de la muerte eternamente arde?

Tu amor, a un mismo tiempo virtud y hermosura, ruina y salvación, ¿dónde está? ¿Es de veras dueño de tus encantos, de tu cuerpo y de tu alma el hombre que en hora aciaga me los arrebató? ¡Ay! ¡Si supiera en verdad que la muerte no es un remordimiento!...

Celina, tan bella como dócil, a quien abandoné ingrato, yo te he visto en sueños la última noche, en que al fin me rindió el sueño. Soñé que Francia y Alemania combatían por el hermoso Rhin. Soñé que los alemanes vencedores atravesaban el río asustado y sitiaban la ciudad de Strasburgo.

Yo era uno de los sitiadores. Las trompetas resuenan incansables; los tambores anuncian sordamente la pelea. Lanza el fusil con seco y áspero estrépito el primer grito de guerra, y el cañón, con voz bronca y prolongada, atruena los aires, y desde lejos destruye y aniquila.

Al estampido lento del cañón sucede el silencio profundo. Los combatientes se acercan a los muros solitarios: abaten las siete puertas de la ciudad; se desparraman por calles y plazas, sembrando la muerte, porque la muerte es para los vivos la victoria.

Yo entro también en la ciudad, henchido el corazón de venganza, y entro por la misma puerta cuyas losas aún guardan las huellas de tus menudos y sonoros pasos. Henchido el corazón de venganza fingida, entro en la ciudad.

¡Y me pierdo en sus calles tortuosas!... De mil compañeros seguido, que hallan solamente enemigos muertos o moribundos, atravieso, olvidando mi venganza, este arrabal, cruzo aquella ancha plaza, sigo la otra calle, y me paro al fin, rendido y cubierto de sangre, que brota de una herida de mi frente, delante de la casa sombría y silenciosa donde tantos días y tantas noches inolvidables gocé de tu amor incomprensible, ¡Celina abandonada!... Rompo la puerta; subo por la escalera desierta... busco... yo no sé lo que busco... La pobre vieja que, mientras tú y yo dormíamos, velaba.

Oculta en un rincón, me conoce, se adelanta temerosa, y me dice: -Mademoiselle Celina se marchó triste, pero no desesperada, cuando la abandonasteis tan bruscamente. Huyó a París, porque en París se olvidan fácilmente las penas. Me dijo al despedirse que, desengañada de vuestro inconstante amor, en París lo olvidaría, y me dijo también que los alemanes son tontos e insensibles...

En la calle resuenan de pronto alegres sonatas que anuncian la victoria. Resuenan y pasan y se alejan lentamente. Los compañeros que me rodean me tienden la mano y gritan: «¡Viva Alemania!» Al oír tan vibrantes voces, me despierto, miro alrededor, me veo solo, en medio de las tinieblas, y hundo la frente en la húmeda almohada.

IX

Es inútil luchar. Solo, castigado, sin fuerza para romper el castigo, de todos despreciado y despreciado de mí mismo, comprendiendo que el dolor real y el placer ficticio los he forjado yo solo, me agito como el náufrago moribundo, sin esperanzas, sin realidades, solitario con mis recuerdos que nada son, puesto que son recuerdos sin realidades ni esperanzas. Si en lo pasado reina la muerte vencedora, si en el porvenir reina la muerte, ¿por qué en el presente ha de reinar la vida?

X

No es el dolor el que me agita sin cesar; no son los recuerdos los que día y noche aturden mi sueño y vigilia; es el remordimiento el que de continuo vence mi voluntad y arrastra por el suelo mi albedrío. Sobre mí pesa el inútil pasado, el presente inútil y el porvenir aún más inútil.

Puesto que silenciosamente sé que soy el enemigo de mí mismo y de los demás; ya que a ninguno he de hacer bien y me he de hacer daño a mí propio, ¿por qué vivo y por qué no muero?... Soy más inútil que mis horas que, egoístas, sólo emplearon sus minutos en atormentar a los demás y en atormentarme a mí mismo. Soy como la tierra, de donde nazco y de donde he querido apartarme, que nunca está satisfecha, ni satisface al fuego intenso que la agita.

La tierra al menos da flores y frutos... ¡Si yo tuviera esperanzas!... Pero sin realidades, ¡cómo he de tener esperanzas! Cuando entre los recuerdos y las esperanzas hay una ruptura, la muerte sola puede unir las esperanzas y los recuerdos...

Sin embargo, aún poseo un bien real, único alivio en mi última hora: ¡he amado! ¡yo amo todavía! ¡De mi amor inmenso brota mi desencanto, mi nostalgia, mi muerte! ¡Ha sido mi amor y es tan grande, que todo ha sido y es para él pequeño!

Caminando hacia el Rhin, después de abandonar por siempre mi ciudad querida, voy lentamente, y la meditación acorta la jornada.

Llego por fin a aquellos sitios tantas veces contemplados. La primavera brilla de nuevo esplendorosa y alegre. Me acerco al Rhin; no sé lo que voy a buscar en sus orillas. ¡Las aguas corren tranquilas y silenciosas! Los sauces y los tilos las beben sin enturbiarlas; las verdes colinas las miran desde lejos.

Me acerco a la orilla del Rhin. De pronto oigo la voz de un aldeano que grita: «Apartaos de esa orilla engañosa; pocos días hace que ahí mismo resbaló un pobre mozo, cayó al río y aún no se ha encontrado su cuerpo...»

Estas palabras resuenan todavía en mi cerebro y en mi corazón con eco extraño y sonoro. No las puedo olvidar. ¿Son una advertencia, o son más bien un consejo? ¡Ay de mí!



El puñal

En la parte occidental del reino de Aragón, se eleva y corre de Noroeste a Sudeste la gran sierra de Moncayo. Su frente oriental se extiende hasta el caudaloso Ebro bajando en hermosos valles y levantadas colinas, cuyas faldas están pobladas de pequeños y pobres lugarillos, entre los que se cuentan Vera, Trasmoz, Alcalá, Añón y Litago.

De todos los valles que descienden de la montaña, es el más dilatado y a la par el más ameno y pintoresco, el llamado desde tiempo inmemorial valle de Veruela, que dista como unas dos leguas de la ciudad de Tarazona, y otras dos, por Oriente, de Borja.

En la mitad casi del valle, y a un cuarto de hora de Vera, se eleva un suntuoso monasterio, todo cercado de altos muros almenados y de fuertes torreones, cuya fundación se remonta al año 1140, y cuyos restos, medio derruidos y descuidados, por más que se cuenten entre los monumentos artísticos de España, muestran todavía con sus espaciosos salones y celdas, con su magnífico claustro gótico, su grandiosa iglesia, sus sepulcros de piedra y su palacio abadengo, las riquezas que su ilustre fundador debió emplear en su construcción, y la importancia y poder de este convento en tiempos remotos.

Hace ya algunos años, durante mi corta estancia en Vera, solía bajar la mayor parte de las tardes al monasterio, donde permanecía hasta el anochecer, contemplando

aquellas murallas solitarias y ennegrecidas por el tiempo, que parecen estar mirando eternamente las faldas empinadas y cubiertas de nieve brillante del alegre Moncayo.

Una tarde me estaba paseando por las alamedas que circundan el monasterio, cuando de pronto oí una voz que me gritaba:

-Señorito, ¿me quiere V. dar un poco de tabaco?

Volví la cabeza y vi a un pobre viejo que venía hacia mí.

-V. me dispensará -me dijo- pero he salido esta mañana tan temprano de casa, que se me ha concluido el tabaco, y como uno es tan vicioso...

-Tenga V., buen hombre -le contesté, interrumpiéndole y dándole mi petaca- fume V. hasta que se acabe.

El viejo se puso a envolver un cigarrito, y mientras tanto me dijo:

-Me he tomado esta libertad, porque ya le he visto a V. en estos sitios una porción de tardes, y por cierto que me ha extrañado siempre el que esté V. las horas muertas paseando alrededor del convento tan solo. Más le valdría traer la escopeta y podría matar alguna buena torda, ahora que es el tiempo.

-Mal lugar es este para disparar tiros -le dije, ofreciéndole una caja de fósforos-; dejemos dormir en paz y sin ruido a los que están enterrados ahí dentro.

-Tiene V. razón -prosiguió el viejo, mirando con tristeza hacia el convento-; ni a los muertos se les debe molestar, porque si no la muerte no sería el descanso, como se suele decir. ¡Y a algunos de los que están ahí sepultados les hará falta tanta quietud! Mire V., a dos o tres varas de aquel torreón, dicen que yace uno que nunca hallará reposo, porque no está enterrado en tierra sagrada: siempre que paso por aquí rezo un Padrenuestro por su alma.

-¿Y cómo está enterrado fuera del convento? -pregunté al viejo.

-¡Ah! Es una historia muy larga.

-¿Una historia?... Pues cuéntemela V. si no está de prisa.

-Ya que V. se empeña, la contaré, si en cambio me deja fumar otro cigarrito.

-Y cuantos V. quiera -le contesté con curiosidad.

El buen viejo lió otro cigarro, y después de habernos sentado uno en frente de otro a la sombra de un árbol, me contó la siguiente historia:

«Hace, según dicen, cerca de siete siglos, que vivía en Borja un príncipe llamado D. Pedro Aterés, señor de Borja y de cuantos pueblos hay en este contorno, y pariente muy cercano de Don Alonso, rey de Aragón y Navarra. Este ilustre príncipe se había retirado a aquella ciudad, desde donde miraba las fatigas y peligros de que se había librado en el

mar de la corte, para entregarse en su retiro al ejercicio de las virtudes y al cuidado de su alma y de su familia. De tiempo en tiempo, como para distraer su espíritu, solía ejercitar su cuerpo en peligrosas cacerías.

D. Pedro salió un día de Borja con sus criados y monteros a dar batida a las fieras por las risueñas faldas del Moncayo. Se pasó la mañana sin que se presentase ni venado ni jabalí, por lo cual dispuso que se diera a la tarde otra batida por el valle de Veruela. Mas apenas los criados habían empezado a batir el monte, cuando el cielo se cubrió de nubes, levantándose en seguida la más horrorosa tempestad. Disponíase la comitiva a marchar a Borja, cuando de repente cruzó el camino un jabalí seguido de algunos perros que se habían atravesado. El príncipe, sin pensar en el peligro a que se exponía, dio espuelas al caballo, y corrió con tanta velocidad tras la fiera, que al poco tiempo, lejos ya de sus criados, se vio perdido en lo más espeso del bosque. Llegó la noche, y la horrible tempestad, los truenos espantosos y los vientos desatados, infundieron pavor en el alma de don Pedro, que se encomendó a María Santísima, pidiéndole socorro en medio de su cruel angustia.

A los pocos momentos se calmó la tormenta, y entre refulgentes luces se le apareció la Virgen, que le dijo:

«Es mi voluntad que edifiques aquí un monasterio para honor y gloria mía.»

El príncipe salió sano y salvo del bosque, y algunos días después mandó que se principiara a edificar este santo monasterio.

Entre la multitud de obreros que fueron llamados de otros reinos y hasta de Francia, vino un herrero que es el héroe de esta historia.

Juan estaba de oficial mayor, y era muy querido de todos sus compañeros, tanto por su carácter bondadoso, como porque trabajaba mejor que ninguno. Nadie sabía de dónde había venido, ni quiénes eran sus padres, y esto no se pudo averiguar nunca.

Juan huía de las diversiones de sus compañeros, y en lugar de ir los domingos con ellos, solía marcharse solo por los bosques, donde permanecía hasta muy tarde. Todos interpretaban a su manera la causa de tan extraña tristeza: unos decían que estaba pálido y triste porque se veía sin padres, aislado en el mundo; otros, que le atormentaba el sentir que había nacido para algo más que un simple herrero. Mas sabe Dios qué pena oculta llevaba Juan en su corazón; quizá la causa la ignoraba él mismo, y quizá su tristeza fuera como un presentimiento de su desastroso fin. Privilegio que tiene a veces el pesar que se siente antes de venir, cuando ya ha llegado y después que se ha ido. ¡Así es el mundo: mucho y bueno, nunca; y mucho malo, siempre!

Juan aspiraba sin duda a algo que no tenía, deseaba una cosa que ni él mismo sabía cómo se llamaba ni dónde la podría encontrar. El trabajo continuo cansaba su cuerpo; pero lo que había dentro de él, su alma, estaba ociosa y deseando emplear sus fuerzas en algo que la ocupara y calmara su fogoso ardor. Así como con la mano doblegaba el duro hierro y le daba cuantas formas quería, lo mismo anhelaba vencer con el alma obstáculos imaginarios que nunca se le ofrecían. Y de esta lucha interior, de este malestar continuo, tal vez nacían su tristeza y la palidez que cubría su rostro.

Su adverso destino le proporcionó una ocasión de emplear las fuerzas de su alma, y al mismo tiempo le enseñó, aunque cuando ya no había remedio, que es más fácil al hombre ser dueño de su cuerpo que dirigir y contener los impulsos que agitan su interior.

Vivía por entonces en Trasmoz, pueblecito que dista una media legua del monasterio, un judío muy rico, que tenía una hija de singular hermosura, reputada como la más bella y a la par como la más orgullosa de toda la comarca.

Juan la vio y se enamoró apasionadamente de ella

La misma distancia que le separaba de la judía, la muralla insuperable que se levantaba entre ambos, nada fue bastante a contener el arrebato del pobre joven; por el contrario, tantas dificultades invencibles reunidas avivaron más y más el ardor que devoraba su alma.

Sin pensar en el fin que pudiera tener un amor tan imposible, en que sus quimeras no llegarían jamás a la realidad y en que su locura sería incurable si no ponía remedio a tiempo, se entregó de lleno a aquella pasión ardiente, inmensa, estragadora, olvidándose de cuanto le rodeaba, de su vida pasada, de su trabajo, de sus compañeros y de su propia existencia.

Un pensamiento fijo, un deseo incesante y devorador le atormentaba día y noche, de vencer a toda costa el orgullo y altivez de la hermosa judía, y de llegar a hacerse dueño de ella, fuera como fuera.

Con tan locas esperanzas pasaba Juan los días tristes y sombríos del invierno, cuando se divulgó la noticia de que la judía iba a casarse con un comerciante muy rico de Francia, y de que su casamiento debía efectuarse dentro de pocos meses.

Esta nueva fue para el pobre herrero un golpe mortal.

Después de haber sacrificado a aquella mujer su reposo, su porvenir, su vida entera, ¿cómo consentir en que otro le arrebatara la dicha que él creía cada vez más próxima? En cambio de tantos tormentos ocultos, de tantas lágrimas vertidas en sus noches de insomnio, no había conseguido aun ni oír la voz de aquella por quien vivía; y ahora tendría que sufrir en silencio que otro viniera a escuchar palabras de amor de tan queridos labios.

Su locura llegó al colmo, y desde entonces no pensó más que en hallar una ocasión de hablar con su amante. Mas los días se pasaban sin que pudiera conseguir su objeto; y por fin se resolvió a escribirle una carta en que le abría su corazón, diciéndole que no había de ser de nadie sino suya.

La judía entregó a su padre la carta, sin abrirla siquiera, y éste, enojado con tamaño atrevimiento, dio parte al encargado de las obras del monasterio, de cuyas resultas Juan fue expulsado de los talleres. Sus compañeros huyeron de él, y desde entonces le tuvieron por loco, y más aún, por poseído del diablo, pues que se atrevía a amar a una judía.

Desde aquel momento principió para Juan una vida horrible, insoportable, de tormentos y de sinsabores. Pasaba los días vagando alrededor de Trasmoz, adonde le atraía como una fuerza irresistible.

Por la noche a duras penas encontraba un albergue: nadie le quería recibir en su casa, y todos rechazaban a un hombre poseído del diablo.

En medio de sus tribulaciones, con la idea siempre fija de aquel funesto amor, recogió, por decirlo así, todas las fuerzas de su alma, y se puso a meditar día y noche en su situación horrenda. Su razón extraviada le decía que era preciso poner término a tanto martirio. Pero siempre, en medio de sus sombríos pensamientos, se le aparecía la imagen de la mujer que era causa de su perdición. A veces se le figuraba que el mundo estaba desierto y que sólo había en él dos seres, él y la judía: él desgraciado y maldito, ella doblemente feliz, porque le había robado su propia felicidad. Uno de los dos estaba de más sobre la tierra, y debía ser ella por lo mismo que era feliz.

Largos días, largas noches dio vueltas en su imaginación exaltada a tan sombríos pensamientos, y poco a poco llegó a resolver que la pérfida mujer debía morir, y que él mismo debía matarla para vengar en un momento todo el mal que le había hecho en tantos días.

Y en cuanto hubo tomado tan funesta resolución, quiso poner en planta cuanto antes sus proyectos.

Una noche se dirigió hacia los talleres que los obreros habían ya abandonado, penetró en uno de ellos, y puso manos a la obra. Avivó el rescoldo que quedaba en la fragua, cogió un pedazo de hierro y otro de acero, y en menos de una hora forjó un puñal.

¡Hora tremenda para Juan, durante la cual cada golpe que daba en la bigornia debía encontrar eco en su corazón! ¡Hora funesta en que, iluminado por los pálidos reflejos de la fragua, se veía obligado a hacer con sus manos el instrumento de salvación que su alma no había podido proporcionarle!

Concluido su trabajo, salió del taller y anduvo toda la noche vagando por el bosque que rodeaba a Trasmoz.

Algunos días se pasaron. Juan contemplaba a menudo con cariño el puñal, como la única esperanza que le quedaba en el mundo, como el único remedio a sus males.

Por la noche, al recostar su cabeza sobre la dura piedra, sacaba el puñal que siempre llevaba oculto en el pecho, lo miraba largo rato, y le decía:

-Te he hecho de prisa, y tu temple no es bueno; pero descuida, yo te templaré en su sangre...

Y lo volvía a guardar.

Por la mañana, al despertarse, contemplaba de nuevo el arma fatal, y le decía:

-Ya es de día, despierta. Si tienes sed, hoy beberás.

Se puede decir que Juan se había identificado con el puñal: era su amigo, su hermano, su todo, porque en él veía su salvación a la par que su venganza.

Su imaginación arrebatada daba vida a aquel pedazo de hierro que él mismo destinaba para causar la muerte.

Desde entonces estuvo acechando una ocasión de hallarse a solas con la judía. Mas todo fue inútil; ni en las alamedas, ni en el pueblo, ni en ninguna parte la pudo encontrar, por más que de continuo la buscaba.

No pudiendo ya soportar por más tiempo su vida angustiosa, sacó una noche el puñal y le dijo con voz segura: ¡mañana!

Al día siguiente se fue a Trasmoz y se escondió derruida que estaba a corta distancia de la habitación de la judía. Si ésta llegaba a salir, su muerte era segura.

Todo el día permaneció Juan mirando de hito en hito hacia la puerta fatal, y la puerta no se abrió en todo el día.

¡Día de zozobra y de angustia, peor mil veces que la muerte! De cuando en cuando metía la mano en el pecho, tocaba el puñal frío, y al tocarlo todo su cuerpo se estremecía, toda su sangre se helaba.

Aquella sensación no la había experimentado hasta entonces, y él mismo no sabía lo que sucedía en su interior.

Llegó la noche; las horas se pasaron y a nadie vio.

Juan se dirigió por fin hacia la casa del judío, miró al balcón y le pareció que estaba abierto.

Se fue subiendo por una reja que caía debajo y penetró en la habitación.

Nada se oía en la oscuridad.

A tientas fue andando por la estancia y no encontró ningún mueble.

Atravesó un corredor, entró en otras habitaciones y nada halló.

Después de largo rato llegó a una puerta cerrada a intentó abrirla.

Al ruido se oyeron gritos de ¡socorro! ¡ladrones!

Juan empujó con más fuerza la puerta, que por fin se abrió.

Su espanto fue grande cuando a la débil luz de un candil vio a la dueña de la judía arrodillada y temblando de miedo.

-¡Y ella... y tu ama! -le preguntó Juan con voz de trueno cogiéndola del brazo.

La pobre vieja no podía pronunciar ni una palabra.

-¡Y la judía! -añadió Juan sacando el puñal.

La vieja dijo temblando:

-No me hagáis daño y os diré todo. Hace ya una semana que se han marchado a Francia, y hoy se debe haber casado ella... Se lo han llevado todo...

Y enmudeció al ver el semblante pálido y feroz del herrero.

En efecto, al oír aquellas palabras, Juan se inmutó de tal modo, que su aspecto infundía pavor y espanto.

Todo su cuerpo se estremecía con violencia; sus ojos se querían salir de sus órbitas, sus cabellos estaban erizados y su mano apretaba convulsivamente el puñal.

Se lo llevó hasta cerca de los ojos, y dijo con acento horroroso:

-Tienes sed, hoy beberás: ahora veo que el mejor modo de vengarme es este...

Y con mano segura se clavó el puñal en el pecho, y cayó sin vida.

La sangre salió un momento a borbotones, pero según cuentan, ni una gota se vertió en el suelo, y el puñal sediento se la tragó toda.

Al cadáver de Juan no se le quiso dar sepultura en tierra sagrada, y fue enterrado cerca de aquel torreón, con el puñal dentro de la herida.

La judía no llegó a sospechar en su vida que tal hombre hubiera existido.

Ignoro cómo mi padre sabía tan detalladamente esta historia: él me la contó por verdadera».

El viejo se levantó y me dijo que se le hacía tarde.

Al despedirme de él, saqué la petaca y le dije:

-Buen hombre, guárdela V. como un recuerdo, y así, al pasar cerca del monasterio, se acordará del pobre Juan y de mí.

Y al poco rato nos separamos.

Epitafio de una joven

(De Runeberg, poeta sueco)

La joven acaba de ver a su amante y trae las manos encarnadas. Su madre le dice: Hija mía, ¿por qué tienes las manos tan encarnadas? -Madre, he estado cogiendo rosas, y me he punzado con las espinas. Otro día vio a su amante y volvió con los labios encarnados. Su madre le dijo: ¿por qué tienes los labios encarnados? -Madre, he estado cogiendo fruta por los matorrales, y con el jugo se han puesto encarnados. Otra vez vio a su amante, y volvió con el rostro pálido. Su madre le dijo: hija mía, ¿por qué estás tan pálida? -¡Ay! madre mía, haz que me abran la sepultura, que me entierren pronto, y pon sobre mi tumba una cruz con estas palabras: un día vino con las manos encarnadas, porque su amante las había estrechado entre las suyas, otro día vino con los labios encarnados, porque su amante los había cubierto de besos; una tarde por fin vino con el rostro pálido, porque su amante la había engañado.



Traducciones e imitaciones del poeta alemán Enrique Heine

[Nota]⁽⁴⁾

I

Corriendo entre la bruma
sin brújula ni guía
perdido el buque va...
¿Dónde irá?

Entre la espesa espuma
que alza la mar bravía
un alma triste está...
¿Qué tendrá?

Oyérase un crujido...
La nave en una roca
de hielo se estrelló
y se perdió.

Escúchase un gemido...
Un alma vaga loca...
¡Alma que amó
y en roca dio!

II

En una jaula de oro
cantaba un pájaro;

un niño que le escucha
le echa la mano,
y con cariño
lo acaricia... y lo mata.
Tal me has herido.

III

Tus cabellos deseé
y me diste algunos de ellos,
luego un beso te pedí
y tú me distes un beso.
Que si me amabas te dije
y lo juraste al momento,
y luego añadiste: -Pide,
pide para concedértelo.
Yo te pedí el corazón
y no accedistes a ello,
que eso tú no lo has tenido
ni nunca podrás tenerlo.

IV

Los sonidos de tu boca
son dulcísimos, mi amor;
ellos eran armonías
cuando expresaban pasión.
Los sonidos de tu boca
amargos, mi vida, son;
me parecen hiel y acíbar
hoy que no tienes amor.
En dos sílabas, mi alma,
corristes el diapasón:
¡qué dulce que fue tu *sí*!
¡qué amargo que fue tu *no*!

V

Pasada la tormenta
sonríes a la fortuna:
tu amor no es sol, es luna
que brilla y no calienta.

VI

Tu rostro con mi rostro se ha juntado,
tu espanto se ha reunido con mi espanto,
y juntos hemos llorado...
¡Me amabas tanto!
Tu mano con mi mano se ha estrechado,
tu canto se ha mezclado con mi canto...
¡Qué alegre que de mí te has separado
sin amor santo!

VII

Yo te amé cuando niño
como un anhelo,
te amé de adolescente
como un deseo,
y mi amor cuando hombre
fue un sentimiento.

Tú me amaste de niña
como un recreo,
luego de adolescente
como un muñeco,
y ya mujer, he sido
tu pasatiempo.

¡Qué extraño que mi alma
sea tu juego,
y la tuya... la tuya
sea mi infierno!

VIII

Entre peñascos duros
con ¡ay! sentido,
por la montaña abajo
desciende el río,
sus quejas para
cuando en el mar penetran
sus turbias aguas.

Río mis ilusiones,
tu amor peñasco,
deslízase mi vida
quejas lanzando;
hasta que mudas
las torne el mar que llaman
los hombres tumba.

IX

Cuando la primavera llegó con sus verdores
te vi y te amé.
Te vi por vez primera al ver las puras flores
y te adoré.
Cuando el otoño triste llegó, seco y sombrío
ya no te vi.
Tu amor, vida, no existe, y en un invierno frío
muero sin ti.

X

Cuando eras, mi amor, buena
¡cuánto te he amado!...

Hoy, mi amor, que eres mala
¡cuánto te amo!...

XI

Pláceme la noche amiga
de los que viven sufriendo,
y contar las tristes horas
embebido en su silencio.
Entonces se ensancha el alma,
y desprendida del cuerpo
vive vida de armonías,
vive vida de recuerdos.
Si me da en el rostro el aura
me creo sentir tus besos,
y si aspiro algún aroma
me creo aspirar tu aliento.
En las brillantes estrellas
tus miradas vagas veo,
y en el disco de la luna
me finjo tu tenue cuerpo.
Pronto las luces se apagan,
pronto se extinguen los ecos,
y las sombras se suceden,
y la aurora viene luego,
y tras de la aurora el día
que ahuyenta el dulce misterio,
y veo la realidad...
¡y miserable me veo!...

XII

Entre dos que bien se quieren
no hay ausencia ni distancia,
que los pensamientos vuelan
y cada día se hablan.

Esto es lo que llamar suelen
el lenguaje de las almas;
un corazón que recuerda
no necesita palabras.

XIII

Cuando a tus citas voy
me ves mustio y callado,
y es que en tu *calma* pensando estoy.

Cuando de ti me alejo
ando como espantado,
y es que celoso de ti me quejo.

XIV

Yo te he visto dormida
y te he visto agitada;
¿los sueños te dan vida?
¿Lo real no te da nada?

Despiertas... Ya la calma
lució tras el beleño:
¡cuán hermosa es tu alma,
¡ay, bella como un sueño!

XV

Yo tus ojos he besado,
yo he besado tus cabellos,
yo besé tus manos blancas
y estreché tu talle esbelto.

Nombres dulces yo te he oído
y me has hecho juramentos...
cuántas flores ¡ay! me has dado
perfumadas con veneno.

XVI

La gente que a lo lejos me divisa
me llama *el loco* en medio de su risa.

¡Tanto mejor!

Que aún no he visto -y perdóname el vocablo-
a ningún ganapán, pobre diablo,
loco de amor.

FIN

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO V

Cada número forma un grueso volumen de más de 200 páginas, gran tamaño, a dos columnas.

Se divide en dos secciones: española y extranjera. La española está escrita por **Barrantes, Campoamor, Cánovas, Castelar, Echegaray, Galdós, Menéndez y Pelayo, Pardo Bazán** (D.^a Emilia), **Palacio Valdés, Pi y Margall, Thebussem y Valera**, con los que alternan, en concepto de colaboradores, los primeros publicistas españoles. La parte extranjera está redactada por **Bourget, Cantú, Coppée, Cherbuliez, Daudet, Dostoyusky, Gladstone, Goncourt, Richepin, Tolstoy, Turguenef y Zola**.

Precios de suscripción, pagando por adelantado:

En España, seis meses, *diez y siete pesetas*; un año, *treinta pesetas*.- En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, *cuarenta francos*, enviando el importe a esta Administración en letras sobre Madrid, París o Londres.

Las suscripciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, se sirven a partir de los meses de Enero y Julio de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números atrasados.

Se remite un tomo de muestra gratis a quien lo pida por escrito al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, principal.

Quedan algunas colecciones de los años 1889, 90, 91 y 92 a **30** pesetas cada año en rústica, y **40** en pasta.